

AÑO I.

Madrid 15 de Marzo de 1859.

Núm. 5.º

EL ATENEO DE MADRID.

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

REVISTA QUINCENAL

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES,

DEDICADA

A LAS DAMAS DE LA ARISTOCRACIA ESPAÑOLA.

DIRECTOR

D. FERMIN GONZALO MORON.

La religion eleva al hombre al
Cielo, y la mujer hace bajar el
Cielo sobre la tierra.

Lord Byron,

Colaboradores.

La Sra. Doña Juana Zarraga de Pilon.

Excmo. Sr. D. Serafin Estevanez Calderon.

Sr. D. Pedro Alarcon.

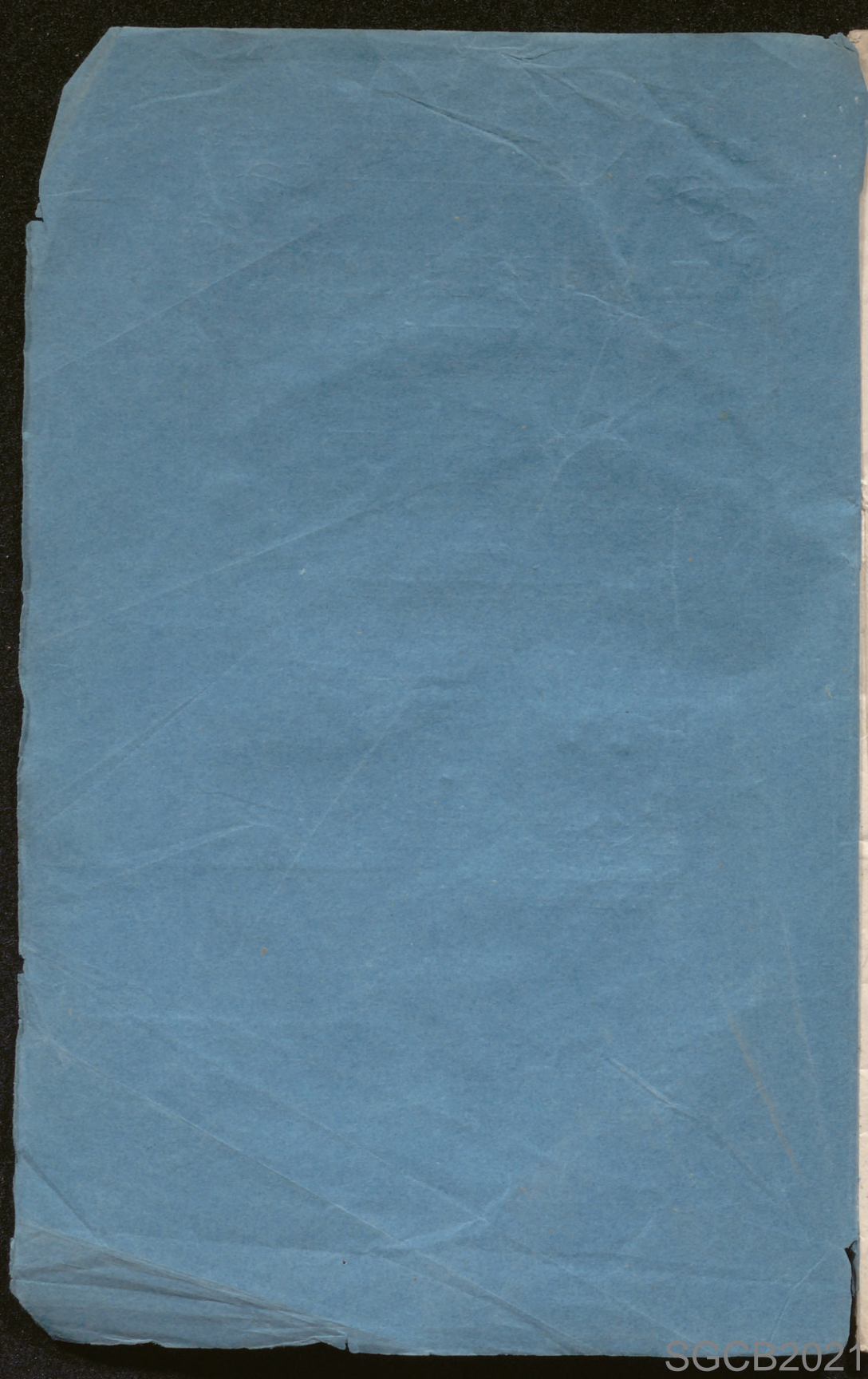
Sr. D. Juan Valera.

BAWA

MADRID. 1859.

Imprenta á cargo de S. Baz. Arco de Santa Maria. núm. 59.

Director, propietario y editor, D. Fermin Gonzalo Moron.



FRAGMENTOS

DE LA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA.

GUERRA DE PORTUGAL.

1640.

Tal fue el suceso de la primera campaña. La siguiente dió principio por un combate que se trabó entre los castellanos y portugueses á vista de la plaza de Elvas. Fue la causa de romperse antes de tiempo las hostilidades, que noticioso Garay del cruel trato que daban los enemigos á nuestros prisioneros que tenian en la plaza de Elvas, envió á vengar tal agravio al jefe de la artillería, D. Luis de Lancaster. Partió este capitán con tres tercios y mil caballos escogidos, con determinacion de acometer de imprevisto y lo mas reciamente posible á una fortaleza de Elvas, en donde encerrados los españoles prisioneros sufrían tan inhumano tratamiento. Pensaba que á vista del socorro de sus compañeros, los nuestros se esforzarian en escapar, aprovechando el tumulto y confusion que el rebato causaria entre los enemigos. Por otra parte, como en la vasta llanura que se extendía delante de Elvas, cubierta de olivares y maleza, habia lugar á propósito para poner celadas, dispuso Garay que se ocultase allí una parte de la caballería, para que saliendo á tiempo que el grueso de sus tropas viniese á las manos con los enemigos, ó bien si él pudiese atraerlos á aquel paraje, con un rebato repentino sembrase en

ellos la confusion y el estrago. Toda esta traza ejecutóse con gran brevedad y diligencia, porque asi como llegó Garay sobre la plaza, que fué antes que despuntase el dia, lo repentino y récio de su interpresa llenó de terror á los contrarios. Y como para acudir presurosos á la defensa, se atropellasen los unos á los otros, derramándose inciertos y turbados por todas partes, aunque no descuidaron el asegurar la guarda de nuestros prisioneros, todavia á favor de la confusion y el desórden lograron escapar muchos. No pocos de ellos debieron su salvacion en aquel trance á su esfuerzo, bien que otros, intentando lo mismo, perecieron lastimosamente; verdad es que vendieron caras sus vidas. En tanto el general portugués Alfonso Melo, que se hallaba á la sazón en la plaza, recogiendo arrebatadamente cuanta gente de armas pudo, y llevando consigo á Juan Costa y otros jefes, salió contra los castellanos. Pero apenas se mostró en el campo, cuando salteándole los nuestros, cerraron contra él con tanto brío que desbarataron su escuadron, y casi á su salvo hicieron en él la mas espantosa carnicería. Y en verdad que ningun portugués escapara en aquel trance de muerto ó prisionero, si nuestra caballería no hubiese salido antes de tiempo de su emboscada, malogrando asi el plan propuesto de cojer á los enemigos entre dos bandadas, atrayéndolos á aquel paraje. Mientras que así se peleaba en campo raso, los de la plaza disparaban su artillería con gran estruendo, pero con igual estrago de los suyos y de los nuestros, pues como los unos y los otros andaban revueltos por la llanura, en todas las pelotas encontraban empleo. La pelea proseguia sin embargo y aun se mejoró para los portugueses con la llegada del jefe de su caballería, Rodrigo de Castro, que con un buen golpe de gente de á pié y de á caballo, acudió en su socorro. Este capitán habiale enviado Melo, con un lucido cuerpo de tropas, para que en tanto que él acometia á los nuestros por el costado, el otro lo hiciera por el frente; pero viniendo á dar con la emboscada de los castellanos, revolió á dar socorro á su general, y los nuestros que con su presteza demasiada en salir habian frustrado el ardid, acudieron tambien á socorrer el grueso de nuestro escuadron. Concurría en el combate con los portugueses buen número de tropas confederadas de Francia y Holanda, y aunque todos ellos animados por la presencia y las exhortaciones de Melo y de Castro, cargaban réciamente sobre los nuestros, la confianza sin embargo que inspiraba á los castellanos el buen suceso del primer combate, los hacia hartos superiores á sus contrarios. Don Luis de Lancaestre, viendo cuán

poco faltaba á los nuestros para asegurar la victoria, metióse en lo mas récio de la pelea, donde estuvo á punto de perecer, pues una bala le tocó en el pecho y el brazo, aunque maravillosamente no le causo herida alguna de consideracion. Con esto los portugueses no pudieron sostener la pelea por mas tiempo, antes deshechos y rotos se dieron á huir en direccion de la plaza. Bien quisieran los vencedores seguirles el alcance, pero no se lo permitieron los continuos disparos de la artilleria con que los de la plaza protegieron desde los baluartes y murallas la retirada de sus compañeros. De tal suerte escusaron los enemigos su mortandad, que de otra manera hubiera sido considerable, lo que malogró en parte para los nuestros el fruto de una victoria tan gloriosa y felizmente alcanzada.

Los portugueses, sin demayar por este revés, ardian en deseos de repararle, y su general Alfonso de Melo, ansioso por su parte de tornar con algun suceso favorable la afrenta de la pasada derrota, buscaba ocasion de venir á las manos con los nuestros. Con este designio envió á la frontera á Sancho Manuel y Fernando Tello con la mayor parte del ejército, ordenándoles que donde quiera que se les ofreciese trance de pelea lo aprovecharan, puesto que estaba seguro del valor y buena disciplina de los soldados. Fernando Tello que tenia el mando superior de aquel ejército, marchó con él la vuelta de Valverde á favor de la noche, proponiéndose apoderarse por interpresa de esta plaza. Tenian en ella los nuestros una guarnicion de cerca de mil soldados; pero como la guardia de una de las puertas, descuidada de la venida de los enemigos estaba menos sobre aviso que de costumbre, bastó que se acercase á ella una compañía de portugueses, imitando primero el acento castellano para responder á la alerta, y oprimiendo despues á aquellos soldados desprevenidos, para que los enemigos penetrasen dentro de los muros. Los demas soldados de la guarnicion, que por la mayor parte dormian descuidados, despertando al ruido, y pensando que era algun motin de ellos mismos y de la gente del pueblo, acudieron desnudos y desarmados á donde estaban los enemigos, con que fueron sacrificados por ellos. Los enemigos, viéndose señores de la plaza, saciaban su furor en matar á los moradores indefensos, dándolo todo al hierro, al incendio y al saco. Y entre ellos los que mas se señalaban por su furor eran los aliados de Portugal, ingleses, holandeses y franceses, sobre todos, los protestantes que, en odio á nuestra religion, saqueaban y profanaban las iglesias. Al fin se retiraron los enemigos cuando abrasada y destruida la poblacion, y recogidos en ella riquisimos

despojos, no pudieron dejar hecho mayor estrago. Insolentes con el buen suceso, los portugueses marcharon al punto contra Elca, pequeña plaza de la orden de Alcántara, cuya mayor defensa consistía en un fuerte castillo que tenía sobre unas alturas. Lograron al fin su propósito, porque dudándose entre nuestros generales si el cuidado de esta plaza correspondía á Garay, que entonces mandaba en Badajoz, ó bien al duque de Alba, que tenía al propio tiempo el mando militar en Ciudad-Rodrigo, la poblacion se miraba indefensa. Por lo mismo los naturales cuando tuvieron aviso de la llegada de los enemigos, la abandonaron al punto: ocupáronla los portugueses, y acometiendo al castillo, donde había alguna guarnicion, su gobernador, traidor ó cobarde, entrególe sin resistencia al primer disparo de la artillería portuguesa. Sabedor de lo ocurrido el duque de Alba, envió luego un cuerpo de cinco mil infantes y mil quinientos caballos al mando de su teniente Viveros y de Juan Suarez para cobrar la plaza y fortaleza perdidas. Pero ya los portugueses habían fortificado el castillo y coronado sus baluartes de numerosa artillería, con que los nuestros que se llegaron resueltamente al asalto, hubieron de retraerse con no poca pérdida. Entonces Viveros, visto que no podía rendir la fortaleza sin un largo asedio, mandó que se levantasen trincheras todo en derredor y se hicieran todos los demas preparativos del caso; pero llegándole nuevas de que los enemigos acudían á socorrer la plaza con gran poder, renunció á proseguir aquella forma de cerco, y ocupando las sendas y caminos para que los de adentro no pudiesen recibir auxilio ni convoy alguno, levantó un baluarte en lugar conveniente, donde asentó su artillería contra la del castillo. Por tal manera se proponía Viveros, si se tardaba el socorro de los portugueses, reducir el castillo por las armas ó por hambre, y si por ventura llegaba luego, entonces juntar todas sus fuerzas y con ellas venir resueltamente á las manos con los enemigos. Pero entretanto Juan Garay, ofendido de que el duque de Alba, sin consultarlo con él y aun sin darle parte, hubiese intentado aquella empresa, puesto que no estuviese resuelto á qué jurisdiccion correspondía la plaza, ya que no se atrevió á mostrar descubiertamente su ira, procuró sin embargo perjudicar á su rival, dilatando el socorro que era deber suyo enviarle. Asi fue que por todo socorro mandó á Guillermo de Búrgos con un tercio y cinco compañías de á caballo, ordenándole que alistando otro tercio por Alcántara y los pueblos inmediatos, marchase con este refuerzo á donde estaba el teniente del duque de Alba. La dilacion y tardanza que hubo de seguirse de

tener que levantar el tercio, fue parte para que se malograra una empresa, cuyo buen resultado dependia principalmente de la pres- teza y la brevedad. Por el contrario, los portugueses que venian en defensa de sus compañeros del castillo, temerosos de que la gente del duque de Alba recibiese socorro de Garay, precipitaron su mar- cha. El ejército portugués venia formado en tres escuadrones, pues era su intento acometer á los castellanos por varias partes á un tiempo, no dejándoles así huelgo de tiempo para repararse y tomar ordenanza de batalla. Los portugueses, para figurar mayor bulto de gente y mas prevencion de guerra, colocaron la mejor y mas crecida parte de la vanguardia, llenando el centro de los demas escuadrones de los aldeanos y gente rústica que hallaron al paso: acrecentaban la apariencia y el engaño con haber puesto en la misma vanguardia mucho mayor número de banderas y de trompetas que el correspon- diente á las tropas, y todos venian alzando gran vocerío y gritas co- mo de hombres que ya aclamaban su victoria. Este ardid engañó á Viveros, quien ya desesperado de todo punto del socorro que le te- nia prometido Garay, creyendo que tenia que habérselas con un ene- migo en extremo formidable, mandó inmediatamente que abando- nándose el cerco, los soldados se recogiesen y retirasen en el me- jor orden posible. El general portugués que, para ejecutar esta em- presa, habia fiado mas que en sus fuerzas en el engaño y en el ar- did, luego que echó de ver el temor de los nuestros, se propuso aprovecharle para rodearlos ó traerlos á algun paraje desventajoso, donde derrotarlos á su sabor. Pero temiéndose este desman y por- que se acercaba la noche, Viveros retiróse con sus tropas á San Mar- tin, plaza fuerte de España cerca de la frontera de Portugal. Encer- raronse en sus muros hasta tres mil hombres de todo el ejército, y la resta del número como discurriese por los campos, ya porque errasen el camino ó ya estraviándose adrede, hallándolos Búrgos, los incorporó á sus tropas. Este capitan que, por mandado de Garay, se entretenia en alistar un tercio con que socorrer á Viveros, luego que supo su retirada á San Martin, dióse prisa á llegar á esta plaza con la gente que tenia recogida. Ya el general portugués Tello habia puesto cerco á esta plaza, barreando sus estancias en derredor de ella, cuando Búrgos llegó con su socorro, apareciendo en lo alto de los cerros que rodean á San Martin. Entonces Tello vióse en la ne- cesidad de distribuir su ejército en dos partes, acudiendo con la una al cerco de la plaza y con la otra á combatir á los castellanos que le amenazaban por la espalda. Asegurado así el peligro de afuera, Te-

Ello acudió con gran ímpetu y priesa á estrechar el cerco de San Martín. Los muros de la plaza eran de poca altura, por lo que acudiendo los portugueses á asaltarlos y los sitiados á defenderlos, trabóse allí un combate obstinado y sangriento, en que peleaban los unos y los otros casi cuerpo á cuerpo, los de adentro con largas picas y con las bocas de fuego, y los de afuera con diversas armas y hasta con piedras y artificios de fuego que, ya señoreados del muro, lanzaban desde desde arriba. Pero la gente de Búrgos que dominaba el puesto desde las alturas inmediatas, heria en los sitiadores con gran ventaja por la frente y por el costado con sus arcabuces y con un lluvia de piedras que lanzaban certeramente de sus hondas, porque tales eran las armas con que venia armada mucha parte de aquella gente de las Estremaduras, alistadas al vuelo, segun la priesa del caso. A vista de este socorro los de la plaza, con mayores ánimos, opusieron gran resistencia á los sitiadores, mejorando la pelea y supliendo con su valor y esfuerzo la flaqueza de los muros. Peleóse todo aquel dia sin declararse la fortuna por ninguna de las dos partes; llegada la noche, como Búrgos hubiese resuelto recogerse á la mañana siguiente y á vista de los enemigos en direccion de Valverde, como queriendo cortarles la retirada, porque los de la plaza no desmayasen, participóles con un espía su designio. Sucedió todo segun la prevision de Búrgos, porque el general portugués Tello, luego que vio que los nuestros se retiraban despacio y en buena ordenanza, y no pudiendo atribuir tal resolucion á miedo ó flaqueza, pensó que su intento no era otro que el de atajarles su retirada. Aumentó su temor el entender que el duque de Alba hacia á la sazón grandes levas de gentes, por manera que pensó que los nuestros habian concertado el designio de encerrarle entre aquellos montes, reuniendo sus fuerzas para destruirle enteramente, puesto que ya su ejército con los combates pasados hubiese menguado bastante. Por otra parte la toma de aquella plaza no merecia arrostrar tan grande riesgo, así es que al fin tocando á recoger, levantó el cerco y vino para Elcas. Quemó esta poblacion, echó por tierra el alcázar, taló y arrasó las campiñas inmediatas y con el despojo dió la vuelta á Portugal. El escuadron de Búrgos que habia quedado oculto tras aquellos montes, aguardando á saber qué resolucion tomarian los enemigos, todavía despues que supieron su marcha, se mantuvieron allí hasta que les llegó gran socorro de parte del duque de Alba. Harta timidez por cierto el no haberse concertado él y Viveros para picar en la retaguardia de los portugueses que se retiraban. Juntos al fin hicieron una entrada en

tierra de Portugal, talando los campos, arrasando las aldeas y llevándolo todo á sangre y fuego. Las tropas portuguesas contemplaban desde lejos este estrago, los campos talados, los edificios ardiendo y gran presa en poder de los nuestros; pero flacos para oponerse, no osaron salir de sus plazas fuertes. Pero esta expedicion no tuvo al fin mayor ventaja, y por otra parte la marcha del rey católico á Cataluña, donde se creyó que era mas urgente la necesidad del remedio, fue causa de que la campaña de Portugal aflojase y casi se interrumpiese. Allegóse á la falta de auxilios, la flojedad é indisciplina de nuestros soldados, y que solo codiciosos del despojo y la rapiña, no era posible emplearlos para hacer seriamente la guerra. Origináronse de aqui grandes reyertas entre nuestros dos jefes de la frontera Lancastre y Garay; y como el primero viniese á dar cuenta del caso á Zaragoza, donde estaba á la sazón Felipe IV, para pedirle que pusiese remedio en ello, Olivares no le permitió que viese al rey, porque tal era su costumbre cuando temia que por sus actos le resultase algun descrédito con el rey. Era la causa, ser Garay de la devocion del Conde-duque, así que Lancastre, frustrado en su propósito, vióse forzado á volverse á la frontera, donde la mala inteligencia entre los dos jefes fue de gran perjuicio para la causa de Castilla.

En tanto el duque de Braganza, visto el descuido y negligencia de los nuestros, pensaba faltarle solo para asegurarse en su poder el lograr algun suceso favorable con que poner temor en los castellanos y cobrar reputacion ante las naciones extranjeras. Propúsose, pues, en vez de mantenerse á la defensiva, llevar la guerra mas allá de la frontera. El rey de Francia le socorrió por mar con buen número de soldados, y aun se cuenta que muchos pasando el Pirineo simulando el traje y traza de peregrinos andantes á Santiago, lograron atravesando por España entrarse en Portugal. Braganza, pues, haciendo muestra de sus tropas, halló diez mil infantes y tres mil caballos á punto de guerra ademas de los voluntarios y algunos cuerpos empleados en diversos puntos. El mando de este ejército le confió á Vasco de Mascareñas, y por su segundo á Juan Mendez de Vasconcellos. El mismo Braganza, para añadir con su presencia mas valor y entusiasmo á los soldados, vino con la nobleza á la frontera. Cuando esto sucedia, ya Garay habia sido llamado á Cataluña, reemplazándole el conde de Santisteban, que si era hombre estimable por su probidad y otras prendas, carecia enteramente de las de capitán entendido y buen soldado. Esto fue parte para que los por-

tugueses se apoderasen de Valverde, que arrasada antes por ellos, habianla reparado los nuestros. Arrasáronla segunda vez, y tales ánimos cobraron con este buen suceso y con la noticia de la escasez de nuestras tropas y poco valer de su general, que no dudaron de llegarsobre Badajoz. Aunque los portugueses no podian presumir tanto de sus fuerzas que creyesen cosa fácil el apoderarse de plaza tan considerable y cabeza de la provincia, todavia por jactancia y alarde de sus bríos, cercáronla todo en derredor con gran aparato y estrépito. Por otra parte el general portugués deseaba traer á los españoles á la batalla, creyéndose seguro de la victoria, por ello mandó talarlo y quemarlo todo en los campos vecinos, pensando que los nuestros no dejarían de responder á tales provocaciones. Pero al fin conociendo que el cerco seria largo y que España acudiría con todas sus fuerzas á vengar aquella afrenta, renunció á su propósito levantando el sitio. El de Braganza, culpando á Mascareñas por haberse malogrado aquella empresa, quitóle el mando de las tropas, entregándole de nuevo á Matias de Albuquerque. Este general tuvo tal acierto en aprovecharse de la impericia de nuestro general y mal estado de nuestro ejército, que se apoderó por fuerza de las plazas de Alconchel, Villanueva del Fresno y otros lugares vecinos. Al propio tiempo el conde de Castelmellor, entrando por mandado de Braganza en Galicia, con seis mil de á pié y novecientos caballos, acometió á la plaza de Salvatierra. Fue notable este cerco por los numerosos y encarnizados combates á que dió lugar entre sitiados é invasores, y en donde los portugueses retiráronse mas de una vez escarmentados: al fin redoblando los disparos de la artillería contra los muros, empleando gran copia de bastidas y otros ingenios, lograron apoderarse primero de la plaza y despues del castillo. Mucho afligió al rey católico la noticia de la pérdida de Salvatierra, pues ya se mostraba tal la suerte de las armas que lejos de reducir Castilla á los portugueses rebelados, no parecia sino que ellos iban á conquistar el resto de la península, Acudió, pues, á remediar aquel revés con quitar el mando del ejército de Galicia al prior de Navarra, que á la sazón lo tenia, dándolo al cardenal de Espinola, arzobispo de Santiago, y encargándole que cobrase á Salvatierra, vergüenza por cierto grande el que despues de los Gonzalos, Albas, Leivas, Colomas y otros ciento, se viese la honra militar de España confiada al capelo y la sotana. Era este cardenal hijo del famoso marqués de Espinola que tales hazañas llevó á cabo en la guerra de Flandes. Pero el suceso acreditó la verdad tan sabida, de que no así el valor y la fortuna, como á ve-

ces los vicios, suelen trasmitirse de padres á hijos. Porque el cardenal, á quien se dieron para recuperar á Salvatierra cerca de ocho mil infantes y dos mil caballos, despues de grandes fatigas y deliberaciones, sin intentar nada de provecho, volvióse á Santiago con la afrenta de haber malogrado la espedicion.

(Se continuará.)

SERAFIN ESTÉVANEZ CALDERON.

EL BRATO JUAN DE RIVERA

ESPIUSION DE LOS MORISCOS

Compañero Juan de Rivera, obispo de Badajoz, en-
 tregó á sus religiosos por sus actos verdaderamente evan-
 gelicos, ofreciendo el pueblo y hecho de un pueblo,
 tal como lo describe San Pablo en una de sus celebres
 cartas. El mismo se ocupaba, no solo en pro-
 curar y conservar, sino en administrar muchas veces el
 sacramento de la Eucaristia, siendo tan ferviente
 y caritativo su espíritu, que todos los dias, echando de
 otras ciudades, muchas cartas á las familias de
 amigos, daba de comer á los pobres, como en recuerdo
 continuo é imperioso del Eucaristia y del sacra-
 mento de la Eucaristia.
 En 29 de Enero de 1502, viciaron á la vez la dig-
 nidad de patriarca de Antiochia y la de arzobispo de
 Valencia, y con las bulas y cartas de las virtudes
 y celo de Juan de Rivera, que la Santa de Pio V.

EL BEATO JUAN DE RIVERA

Y LA

ESPULSION DE LOS MORISCOS.

Nombrado Juan de Rivera obispo de Badajoz, admiró á sus feligreses por sus actos verdaderamente evangélicos, ofreciendo el modelo y dechado de un prelado, tal como le describió San Pablo en una de sus celeberrimas cartas. El mismo se ocupaba, no solo en predicar y confesar, sino en administrar muchas veces el Sacramento de la Estremauncion, siendo tan ferviente y continúa su caridad, que todos los dias, ademas de otras cuantiosas limosnas enviadas á las familias necesitadas, daba de comer á doce pobres, como en recuerdo continuo é imperecedero del Apostolado y del Sacramento de la Cena.

En 29 de Enero de 1568 vacaron á la vez la dignidad de patriarca de Antioquia y la de arzobispo de Valencia; y eran tan públicas y radiantes las virtudes y celo de Juan de Rivera, que la Santidad de Pio V le

nombró patriarca de Antioquía en Abril del mismo año, diciendo en el consistorio que «el obispo de Badajoz era una lumbrera de toda España, singular ejemplo de virtud y bondad, dechado de glorias, costumbres y santidad, tanto, que él se tenia por confundido al oír lo que oía sobre su mucha humanidad y modestia.» Felipe II le propuso además en el propio año para la silla de Valencia, y á pesar de los esfuerzos hechos por Juan de Rivera cerca del rey y del Papa para declinar tan señalado honor y no abandonar á su antigua iglesia, se vió precisado á ceder á las repetidas instancias de Felipe II y Pio V, y en 21 de Marzo de 1565 entró con universal júbilo en Valencia á encargarse de su arzobispado, donde tanto y tanto debian brillar su piedad, su talento y consumada prudencia.

A muy luego de que Juan de Rivera se encargó de su diócesis de Valencia, ocurrió un hecho singular, que refieren sus biógrafos, y cuya narracion no creo indigna de la gravedad de esta historia. En cierto dia en que el numeroso clero de Valencia cantaba en su Catedral los divinos oficios, un toro bravo penetró en la iglesia, subió derecho al presbiterio sin que nadie pudiera impedirlo, bajó del mismo, dió vuelta con presteza por las espaldas del altar mayor, y saliendo de la Catedral por la puerta de los Apóstoles, corrió la ciudad sin hacer daño á nadie, y llegando al puente de la Trinidad, dió un salto sobre su antepecho y se arrojó al rio, quedando reventado en el acto de la caída. Tan singular caso fue comentado de muy varia manera por los astrólogos y agoreros de aquellos dias, y un predicador célebre, cuyo nombre no se detalla, esplicó en

un sermón, predicado en la Catedral, que la escursión y muerte de aquel feroz animal no significaba, ni podía significar, otra cosa, sino que el dignísimo prelado de Valencia había entrado en aquella iglesia como un toro bravo á reformar su diócesis desde el altar y el clero, y despues de haberse fatigado mucho en enseñar á todos el camino de su eterno descanso, moriria en ella como reventado por su celo, sin hacer el menor daño á sus numerosas ovejas: anécdota singular, sobre la cual el pio lector formará el juicio que mejor le cuadre, pero que pinta bien así las tendencias religiosas de su época, como la opinion que aquella diócesis tuvo muy pronto de las virtudes de nuestro venerable.

Fue el arzobispo de Valencia un varón notable, no solo por su pureza de costumbres y la santidad de su vida, sino por sus altas dotes de ingenio, por su afición estremada á los estudios bíblicos, y á las obras de San Pablo y San Agustín, clave verdadera y completa para comprender los grandes misterios y singulares bellezas de la doctrina y filosofía cristianas. Juan de Rivera asistia de continuo al confesonario, y unia en su predicación y sermones al mérito de su talento y de su inmenso saber escriturario, el mérito eminente del fervor y de la unción evangélica. Cuentan del mismo sus biógrafos, que espuso las dos magníficas epístolas de San Pedro, su especial abogado, con tanto acierto y talento, que, á juicio de los mayores escriturarios de aquella edad, tan fecunda en eminentes teólogos y exegetas, fue lo mejor que hasta entonces se había escrito. La Biblia grande fue comentada por él mismo marginalmente, habiendo merecido su trabajo ser exami-

nado por la Congregacion romana de Ritos, y tal fue su cariño al estudio de las letras humanas, que á la edad de 60 años estudió el griego, y á la edad de 70 el hebreo, siguiendo en esto los consejos y tendencias de los libros sapienciales de la Biblia, que con tan magníficos y brillantes colores han sabido pintar la excelencia de la sabiduría,

Y no era solo continúa su asistencia al púlpito y confesionario, sino que, acompañado generalmente de Fr. Nicolás Factor, y del que mas tarde fue canonizado, de San Luis Beltran, y del P. Francisco Escrivá, su confesor ordinario y biógrafo, visitaba con frecuencia su numerosa diócesis, recogiendo copiosísimos frutos de su mansedumbre y piedad evangélicas.

A los que echan de menos las ollas de Egipto, á los Torquemadillas modernos que, inflamados de celo indiscreto, cuando no de hipocresía y perversidad, piden grande autoridad para los obispos, y se inclinan á medidas violentas para el gran negocio de la salvacion de las almas, útil les será que lean y mediten el papel que nuestro venerable envió al Concilio provincial de Santiago, en el cual, entre otras reflexiones propias de su bondad y consumado talento, decia: «Uno de los requisitos, pero no el mas principal del oficio de obispo, es castigar delitos. Digo que es el mas ínfimo, porque inmediatamente trata con el cuerpo, que es tan inferior al alma. Y así para esto buscaba el Apostol los menos aventajados en espíritu, diciendo: *Contemptibiles qui sunt in ecclesia, illos constituite ad iudicandum*. Digo tambien que no es tan propio al estado de obispo; porque el obispo ha de ser padre mas que juez. Esto se

ve muy claro en el Sumo Pastor, el cual, dejados los nombres de poder y de magestad, escogió llamarse Padre. Y en la reprension que da por su profeta á los malos pastores, va siempre reprendiéndolos de que no hubiesen usado el oficio de padres, sin hablar palabra de castigar delitos, antes los reconviene de haberse tratado con señorío é imperio con sus súbditos. *Quod infirmum fuit non consolidasti, quod ægrotum non sanastis; sed cum auctoritate imperabiste eis et cum potentia.....*, Este modo de proceder es mucho mas trabajoso que el primero, porque castigar delitos no es trabajo alguno, antes por la parte que arguye superioridad, parece que se inclina nuestra naturaleza á ello. Mas plantar virtudes en las almas y criarlas, y tener cuidado de arrancar las malas yerbas que pudieran impedir el aumento de ellas, esto es muy trabajoso, para lo cual es menester caridad y celo santo. Despues de recomendar la predicacion á los grandes y á los niños como el deber mas sagrado del obispo, dice: «Y deben advertir aquí el abuso que hay en esto, que siendo el oficio principal de los obispos enseñar esta doctrina, se haya venido á resumir en la mas ínfima persona de la Iglesia, como es el sacristan.» Pero lo mas notable de este curioso papel es la que con tanto tino y tan consumado acierto dice sobre los clérigos confesores, doctrina que nosotros habíamos defendido en la novela del *Cura de la Aldea*, que tan mal recibida fue por algunos prelados, y doctrina que ignorábamos entonces tuviese en su apoyo la gran autoridad del venerable arzobispo Juan de Rivera.

Despues de recomendar la necesidad de misioneros

ó predicadores ambulantes en las diócesis, añade este pio y santo varon: «Será tambien menester que anden con estos predicadores otros clérigos que sean confesores, si ellos no tuvieren lugar para hacer el un oficio y el otro. *Porque hay muchas personas que, por vergüenza del confesor del lugar, dejan de manifestar sus pecados, y con los extranjeros confiesan con libertad.* Esto no solo es necesario en los lugares donde no hay monasterios de religiosos, pero donde tambien los hay, porque el ser enviado hace mucho al caso, y es condicion importante para la fuerza de la palabra, conforme á lo del Apóstol: *Quomodo prædicabunt, nisi militantur?* Y de esto que tengo dicho, se ha visto en algunos obispados, donde se ha experimentado grandísimo provecho y mas del que se puede manifestar.....» «Es muy justo que los obispos tengan cuenta con los pobres, mayormente enfermos, para socorrerlos en su necesidad, y que en los lugares tengan dada orden para que haya quien lo haga á sus espensas..... No seria cosa indigna pensar el remedio que se podria dar para que los clérigos no dijese tan ordinariamente *misa, porque se ha venido á hacer oficio mecánico*, y hay tantos clérigos que la dicen cada dia, de los cuales se puede entender, segun su vida y el poco fruto que de ello sacan, que no la dicen con la disposicion debida.»

Tan honda y profundamente entraba Juan de Rivera en el camino de la reforma eclesiástica, y bien puede afirmarse que, á varon menos reputado y poderoso por su santidad, su cuna é influencia social, algunas de las doctrinas contenidas en este célebre papel, leído al Concilio provincial de Santiago, hubieran

sin duda llevado á las cárceles del Santo Oficio, pues todas ellas eran tan provechosas como nuevas, y contrarias al espíritu ignorante y cruel que dominaba á la sazón en el clero ultramontano de España.

FERMIN GONZALO MORON.

ESTUDIOS FILOSOFICO-RELIGIOSOS.

ARTICULO IV.

«Por ello vosotros no tendreis por vision sino una noche sombría, y por revelacion sino tinieblas. El sol será sin luz para estos profetas, y el dia se convertirá para ellos en una oscuridad profunda.

Los que tienen visiones serán confundidos, y los que se mezclan en adivinar el porvenir, serán cubiertos de vergüenza; ellos se avergonzarán todos, y cubrirán su rostro, *porque Dios habrá sido mudo para ellos.*

En cuanto á mí, yo he sido llenado de la fuerza de la justicia, y de la virtud del Espíritu del Señor, para anunciar á Jacob su crimen y á Israel su iniquidad.» (*Vers. 6, 7 y 8. capítulo 5.º de las Profecías de Micheas.*)

«Puesto que el supremo bien de la ciudad de Dios consiste, no en esta paz por la cual pasan los hombres mortales al nacer y al morir, sino en aquella por la cual, siendo inmortales, quedan sin sufrir mal alguno, ¿quién puede negar que esta vida sea

muy feliz, y que la que nosotros llevamos aquí abajo, aun acompañada de todos los bienes temporales, no sea comparativamente muy miserable? Sin embargo, cualquiera que ella sea, todo el que se conduce de manera que refiere su uso á la que ama con firmeza, puede con razon llamarse feliz aun en este mundo, mas por la vida ulterior que espera, y que por la que de presente posee. *La posesion de lo que hay mejor en esta vida sin la esperanza de la otra, no es en el fondo, sino una falsa bienandanza y una grandísima miseria.*

Puesto que esta sabiduría no es verdadera, no goza en efecto de los verdaderos bienes del alma, quien en las cosas que ella discierne con sagacidad, que hace con fuerza, reprime con templanza y distribuye con justicia, no se propone este fin, *en que Dios será en todos por una eternidad asegurada y por una perfectísima paz.»* (*Cap. 20, lib. XIX de La Ciudad de Dios de San Agustin.*)

En breves y clarísimas palabras presenté en el capítulo II de estos estudios la quinta esencia, por decirlo así, de la filosofía alemana; y aun cuando esta, hija natural y legítima del protestantismo, se ha dividido y hecho girones en mil escuelas y sectas, que solo con-

vienen en una cosa , en negar verdaderamente la revelacion y en proclamar la soberania absoluta, y la infalibilidad de su pobre y estraviada razon, no es en Alemania donde debe estudiarse mas y examinarse en sus resultados esta pretenciosa filosofia; porque sin negar que ella ha dado ya algunos frutos, y ciertamente muy amargos, en estas nebulosas regiones, y especialmente en la monarquia militar de Prusia, es en Francia donde *diafanándose* y aplicándose á las regiones concretas de la politica, debe verse mejor, y puede juzgarse con entera exactitud lo que es, lo que puede y debe necesariamente ser esta orgullosa filosofia. Es verdad que Fichte habia concluido una de sus lecciones, diciendo *modestamente* á sus discipulos: *Señores, en la leccion de mañana crearemos á Dios*: es cierto que Straus habia reducido en una obra célebre (la vida de Jesus) al *Verbo encarnado*, al *Hombre Dios*, á un personaje mitológico; cierto es tambien que Fevrbachs y Bruno Bauer, estendiendo la idea contenida en la Trinidad ó trilogia hegeliana, respectó á que Dios lógicamente se concibe primero como el *ente en sí*, despues se desenvuelve *fuera de sí* en la naturaleza, y por último, se recoge en la *unidad de su ser*, han sostenido que Dios está dentro del hombre, ó que el hombre es Dios, y que debiendo adorarse á Dios, *el hombre debe adorarse á sí mismo*, y no puede negarse que hay muchos maestros de instruccion primaria en Prusia, que con una flemma alemana, con una *sansfaçon* incomprensible y con una serenidad admirable, dan á los niños lecciones públicas del ateismo mas grosero y cinico, pero todavía, lo que es y puede ser esta filosofia, en ninguna parte se ve mejor que en los libros de los socialistas franceses y en las tendencias de los obreros y proletarios de la Francia.

No es mi intencion hacer aqui un análisis de los sistemas de Saint Simon, de Lamennais, de Luis Blanc y de Pedro Leroux: sin negar á estos escritores su talento, sus sistemas nos parecen tan estravagantes, y sus pretensiones tan absurdas, que no nos ocupamos ni queremos ocupar de ellos; el sentido comun ha calificado, y el ridiculo mas soberano ha matado para siempre sus doctrinas y sus tentativas. Voy, pues, á concretarme á un solo hombre, y solo de este hombre voy á ocuparme, porque para usar el *neologismo* aleman, este hombre es la verdadera sintesis de la filosofia moderna. Fácil es adivinar que me refiero á Proudhon, y entre sus obras, á sus mas célebres y celebradas: 1.^a *De la creacion del orden en la humanidad*; y 2.^a *Sistema de las contradicciones económicas, ó filosofia de la miseria*.

Como en la categoría de los príncipes y de los estadistas contemporáneos de Europa, Napoleon III es, á mi juicio, la *talla núm. 1.º* y esto, y solamente esto, explica la gloria y esplendor actual del nombre francés, así P. J. Proudhon, es el sofista núm. 1.º de los pasados y presentes tiempos, y uno de los mas grandes, flexibles y vigorosos talentos del siglo XIX. Pero con ser tan grande su talento y tan poderosa su cabeza, Proudhon no se explica sin la filosofía alemana, sobre todo, sin Kant y sin Hegel; y basta recordar sus *antinomias* y su célebre dicho la *propiedad es el robo* para reconocer que no tiene *originalidad* alguna metafísica, y que no ha hecho otra cosa que aplicar á la política y al exámen de los fenómenos sociales la *tesis* y *antítesis* de Kant, y la definición de Hegel, respecto á que todo ser es *la contradicción de sí mismo*.

De todos modos, estudiando detenida y profundamente á Proudhon, es como se puede ver y conocer en todas sus *evoluciones*, como ahora se dice, la filosofía alemana; porque Proudhon es ni mas ni menos que el discípulo mas aventajado de Kant, y sobre todo de Hegel.

Yo he leído y releído sus obras, especialmente *El sistema de las contradicciones económicas*, y debo confesar á mis lectores que es necesario estar agarrado á la *gran aldaba* del catolicismo romano, tener una instruccion muy vasta, un entendimiento muy cultivado, y un gran habito de exámen y de análisis, para no dejarse sorprender y arrastrar de su lógica vigorosa y *serree*, de sus síntesis tan vastas, de sus apreciaciones, á veces fútiles y á veces sublimes, de su inimitable audacia, de su tono dogmático y pontificio, y del soberano desden con que su privilegiado entendimiento juzga y pulveriza, así los sistemas viejos de la economía política, como los *delirios* y el gran *estercolero* como él dice, de las elucubraciones socialistas. Si alguna duda pudiera haber de la intervencion visible de la Divina Providencia en las cosas de este mundo; si puede verse claro, clarísimo, aun filosóficamente considerado, el gran dogma cristiano de la caída del primer hombre, producida por su orgullo y por la desobediencia de la criatura á su Criador, es estudiando detenida, profunda, imparcialmente los escritos de este sofista núm. 1.º, y de este talento de tan grande y vigorosa talla.

Proudhon en la mas brillante apotéosis del error, es la mas grande manifestacion humana (permitase imitar el neologismo alemán) al servicio del orgullo, es el ángel caído, es el Saturno derribado, es el gran mito y la gran síntesis de todos los esfuerzos y tendencias de

enciopledismo francés del siglo XVIII, revestido del nuevo ropaje del siglo XIX. Nadie ha dicho cosas mas bellas sobre la religion, y cosas mas impías; nadie ha llevado tan allá el análisis en las mas hondas simas de la organizacion humana; nadie ha subido tan alto y ha caido tan bajo como Proudhon. Su vigoroso y flexible entendimiento es una especie de *Deus ex machina* de los antiguos; es un espejo diafanisimo y admirablemente azogado, que refleja con daguerreotípica exactitud, así un cuadro severo y colosal de Rivera, como un capricho de Goya; así la admirable y admirada *Anunciacion* de Bartolomé Murillo, como el cuadro de los *Borrachos* del inimitable Velazquez. Pueden aplicarse á P. J. Proudhon aquellas sublimes palabras del sublime Bossuet, de que «Dios hace nacer los conquistadores y los grandes ingenios, para la realizacion de sus altas miras y de sus insondables designios.»

ARTICULO V.

Feliz el hombre que pone su confianza en el Señor, y cuya esperanza es en Dios.

El será semejante á un árbol trasplantado á las orillas de los rios, que estiende sus raíces hácia el agua que le humedece, y que no teme el calor cuando llega su estacion. Sus hojas estarán siempre verdes; no padecerá en tiempo de sequía, y jamás dejará de llevar sus frutos.»

(Vers. 7 y 8, cap. 17 de las profecías de Jeremías.)

«Pero en los últimos tiempos la montaña sobre la cual se construirá la casa del Señor, estará fundada sobre la altura de los montes, y se elevará sobre las colinas: los pueblos correrán hácia ella.

Y las naciones se apresurarán á venir en tropel, diciendo: Vengamos á la montaña del Señor á la casa del Dios de Jacob: él nos enseñará sus vías, y nosotros marcharemos por sus senderos, porque la ley saldrá de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalen.» (Vers. 1 y 2, cap. 4.º, profecías de Micheas.)

«Por esta razon se halla escrito:

yo destruiré la sabiduria de los sabios, y yo repeleré la ciencia de los sabios.

¿Qué se han hecho los sabios? ¿Qué se han hecho los doctores de la ley? ¿Qué ha sido de estos espíritus curiosos de la ciencia del siglo? ¿Por ventura, no ha convencido Dios de locura la sabiduria de este mundo?

Porque viendo Dios que el mundo con la sabiduria humana no le habia conocido en las obras de su sabiduria divina, le ha parecido salvar por la locura de la predicacion á los que creerian en él.

Los judios piden milagros, y los gentiles buscan la sabiduria.

Por lo que hace á nosotros, predicamos á Jesucristo crucificado, lo cual es un escándalo para los judios y una locura para los gentiles.

Porque lo que parece en Dios una locura, es mas sabio que la sabiduria de todos los hombres, y lo que parece en Dios una debilidad, es mas fuerte que la fuerza de todos los hombres.» (Cap. 1.º de la primera epístola de San Pablo á los Corintios.)

P. J. Proudhon, síntesis condensada de la filosofía alemana, y sobre todo de las doctrinas de Kant y de Hegel, es una verdadera palanca de Arquímedes, siempre que se trata de critica y de destruccion. Las verdades mas vulgares y admitidas en la ciencia hoy social de la economía politica, parecen ser y transformarse en errores y preocupaciones ante la dialéctica vigorosa, el arte sutilísimo de agrupar ideas, y el admirable talento de Proudhon. La division del tra-

bajo, la maquinaria, los ferro-carriles, la libertad de comercio, todos los dogmas de la economía política, consagrados por Smih, por Say, por Reybeand, Blanqui, Miguel Chevalier se trasforman en errores groseros, y en preocupaciones vulgares ante el inmenso poder de crítica y de exámen del flexible y vigoroso ingenio de Proudhon.

Nada hay históricamente mas falso, y científicamente mas superficial que la serie de fantásticas y romancescas *evoluciones* que Proudhon atribuye á la vida y desenvolvimiento lógico y práctico de los grandes cánones de la economía política. Y sin embargo, es tan poderoso su talento, y verdaderamente *kantiana* su facultad criticadora ó de crítica; el arte dialéctico, el estilo, la frase de Proudhon ejercen tal fascinacion sobre el espíritu del lector, que es necesario dejar el libro, concentrarse mucho y meditar mas, para no tomar como axiomas evidéntisimos los errores mas trascendentales: Proudhon es, á nuestro juicio, para condensar nuestras ideas, el verdadero *Antecristo* de la economía política. Nadie ha dicho sobre los grandes principios de la economía política cosas mas profundas y sublimes, y nadie ha descubierto con mas fino y penetrante escalpelo, los grandes, los poderosos inconvenientes las consecuencias á veces aterradoras de aquellos principios.

El *Sistema de las contradicciones económicas* es, respecto á la economía, lo que respecto de la metafísica la *crítica* de la *razon pura*, y la *crítica* de la *razon práctica* de Kant: como el segundo libro de este, es la antítesis y la impugnacion del primero, así Proudhon se complace en presentar clara y evidente la verdad de los grandes cánones de la economía política para demostrar en el capítulo siguiente su falsedad, y para lanzar el mas soberano desden sobre los primeros ingenios de esta ciencia. Proudhon, como lo filósofos alemanes, es la quinina, el aceite esencial (perdónesenos este lenguaje médico) de la dialéctica escolástica, de aquel abuso del pró y contra, de aquel espíritu disputador y sutil de los escolásticos, que se consagraban á llevar primero al último grado de evidencia las verdades que se proponian demostrar, y que con sus eternos é interminables *objicies* se complacian en minar el edificio levantado por los mismos á tanta costa; procedimiento cuyo último término era necesariamente la duda, la incertidumbre y el escepticismo. Esto explica cómo á la par de los sistemas filosóficos de la Alemania, han nacido y se han desenvuelto en la misma Alemania, en Inglaterra y en Francia los sistemas filosóficos que fundan el problema de la humana certidumbre, ya en el *sentido comun*, ya en el *sentimiento*, ya en el *instinto*. No

atreviéndose á luchar estos filósofos realistas, estos partidarios del mero *fenómeno* para usar del neologismo kantiano, con el vigoroso talento y la lógica al parecer indestructible del cuaternario alemán, y convencidos al propio tiempo de la falsedad evidente y experimental de las ideas kantianas, fichtianas schellingianas y hegelianas, rehabilitaron con bastante éxito el poder del sentido común, hasta venir á dar en el *instinto*, ó en la pura animalidad contra el espiritualismo ideal, vaporoso, impalpable y gaseoso del nuevo filosofismo alemán. Las obras de la escuela escocesa, de Juan Federico Jacobi y de Michelet, están ahí para testimonio de esta marcha incompleta, errónea y notoriamente absurda del espíritu humano para rehabilitar el *realismo* mas *outré*, y la antigua ontología contra el sutil nominalismo de los nuevos sectarios.

Proudhon es el *socialista* núm. 1.º; él mismo confiesa que es *socialista*, y sin embargo, nadie, absolutamente nadie, ha dado golpes mas rudos, ni ha pegado martillazos mas desapiadados y *ciclópeos* contra los *socialistas* franceses. El dulcamarismo metafísico social de Pedro Leroux y la estrategia política de Luis Blanc á propósito de la gran iniciativa ó del despotismo mas oriental, sostenido por este á fin de obtener la organizacion del trabajo por medio de la formacion de talleres comunes *credités* por el gobierno, hasta destruir lo que se ha llamado monopolio y tiranía ejercidas por el capital contra el trabajo, son objeto de ironía mas fina, del sarcasmo mas *Aristofánico* y del mas soberano desden de parte de este flexible y vigorosísimo ingenio. Pero ¡oh poder incontrastable de la verdad!

Este Goliat de los tiempos modernos; este *Prometeo* de nuestros dias; esta maza de Hércules, cuando se trata solo de pulverizar y de triturar lo que existe; este sofista, talla núm. 1.º desciende tan bajo cuando quiere sustituir, organizar, crear, la *serie*, la *síntesis*, la *verdad* de las verdades, que, ó tiene el singular talento práctico de no decir ni apuntar ningun sistema, para que nadie pueda combatirle, como sucede en la *filosofía* de la *miseria*, y predecir vagamente para un dia que no designa el *advenimiento* de la *síntesis*, ó cuando apunta alguna de sus ideas organizadoras, como en la *Creacion del orden en la humanidad*, este gigante de la dialéctica y de la crítica desciende tan miserablemente, que viene á presentar en el orden metafísico, el método tan vulgar del análisis y de la síntesis, y en el orden político la institucion de una gran Banca de permuta de productos naturales, es decir, la resurreccion de los tiempos primitivos en que los hombres comian bellota, y en que compraban un pu-

chero por un puñado de trigo ó de cebada. Proudhon, al querer crear, es D. Quijote tomando los rebaños de ovejas por los ejércitos numerosos de Pentapolin, ó para hablar mas propia y seriamente, es el Ajax furioso, que enloquecido por la cólera de Minerva en justo castigo al desprecio de los dioses, coje su espada, sale de su tienda para matar á Ulises, á quien se habian adjudicado las flechas de Hércules, y tratando de herir y de matar á los Atridas y Ulises, mata inofensas ovejas, para volver despues de su error, para desesperarse por su delirio y atravesarse con la punta de su espada. Proudhon, cuando critica, es el Ajax de los griegos, que pelea con tan denodado impetu, que todo cede ante su invencible coraje y su indomable corazon, pero que cuando quiere crear, el Dios de los Dioses lo dementa, el vértigo se apodera de su cabeza, la razon le abandona, su talento se turba, su dialéctica cae, su ingenio se marchita y se estingue. Para los que no son aficionados á las comparaciones cristianas, diremos con modernos y profundos fisiólogos, que su ingenio de critica es sobresaliente, integro, colosal, titánico; que su ingenio creador no es siquiera rudimentario ni embrionario. Hay una impotencia radical que nada puede curar: es una verdadera *é íntegra y absoluta negacion de toda facultad creadora. Quos Deus vult perdere dementat.*

FERMIN GONZALO MORON.

CONTINGENCIAS DE UNA GUERRA EUROPEA.

PORVENIR DE LA ESPAÑA.

ARTICULO II y ÚLTIMO.

Antagonismos é intereses incompatibles entre las principales potencias de Europa existen hoy en el mundo diplomático, y al lado de problemas insolubles sobre territorios é influencias políticas, el sentimiento de libertad, el espíritu de mejora y reforma social, el grito de la emancipacion, y el principio cada dia mas vivaz y poderoso en ciertos pueblos de la nacionalidad y de su reconstitucion política, avanza, progresa y se vigoriza y fortalece hasta el punto de ser inconciliable con el estado legal y diplomático consignado en el tratado de Viena de 1815. La Francia se siente todavía humillada, y busca sus fronteras naturales en el Rhin, el Aus-

tria sigue su política secular cerca de los Principados Danubianos y de la Turquía, incompatible con los intereses de la Rusia y de la Europa, la Prusia no disimula su rivalidad y sus celos con la casa de Habsbourg, y enlazada de antiguo con la dinastía de Romanof, ha fortificado sus alianzas de familia por los matrimonios realizados y proyectados con los príncipes y princesas de Inglaterra; el emperador Alejandro, convencido por el éxito de la lucha de Sebastopol de que la multitud de soldados y de plazas no constituye por sí sola la verdadera grandeza de los pueblos, al paso que atiende con incansable afán y con tenaz energía á mejorar la condición política y social de su inmensa población agricultora reducida hasta el día á verdadera servidumbre, se repliega dentro de sí como para reparar sus descabros, sondear sus fuerzas, y á vengarse de sus pasados ultrajes, y sobre todo de la ingratitud del Austria; la Inglaterra, preocupada de su guerra con la India, temerosa de un nuevo cataclismo, recelosa de la Francia y de la Prusia, un tanto abrumada por los sacrificios de hombres y dinero que le cuesta su lucha en el Indostan, no pudiendo apenas adquirir ya nada despues de tan vastas é importantes adquisiciones, como tiene hechas, obligada á esfuerzos sobrehumanos para la conservacion de su inmenso poderío colonial, viendo con dolor y temor el vuelo é incremento de la marina francesa, la Inglaterra desea conservar la paz del mundo, y sus primeros hombres de Estado querrian en contradicción aparente con su política secular que dominase en los consejos de los soberanos y de las naciones una política pacífica. Pero el espíritu del viejo anglicanismo, el espíritu tory y aristo-

erático no conserva su influencia sino en fuerza de previsoras y continuas concesiones, y hoy sería imposible la existencia política de un Pitt, y el pueblo inglés, altivo y verdaderamente libre, saludará con entusiasmo y apoyará con su influencia todas las tendencias serias de nacionalidad y emancipacion política por encima de toda la habilidad y los esfuerzos del conde de Derby y de sus numerosos y distinguidos parciales. El emperador Napoleon con ce instintivamente que no puede ser el Numa del imperio francés, que los partidos mas poderosos y fuertes en esta brava y movable nacion le son hostiles, que la Francia no sufre largo tiempo ningun yugo, que ama la libertad y la gloria, y no puede tolerar muchos años ningun gobierno, cuyo gefe, por eminentes que sean sus cualidades, piense y obre únicamente por la nacion, y crea poder decir como Luis XIV: *El Estado y la Francia soy yo*. Luis Napoleon con habilidad y con talento obligó en el Congreso de Paris á las principales potencias de Europa á reconocer su dinastía y la superioridad de su influencia; pero sabe muy bien que esto no le basta para la Francia, ni basta tampoco para el porvenir de su destino. Por otra parte, soberano de ayer, soberano en virtud de un plebiscito y de una eleccion popular, cualquiera que sea su moderacion y su prudencia, ni los reyes de derecho divino pueden perdonarle su elevacion de derecho humano, ni sus afecciones, sus tendencias, sus ideas y sus instintos morales, pueden llevar el carro de la fortuna por el carril de los reyes absolutos y seculares. Por eso ha enlazado su destino con una condesa española, por eso acaba de unir su familia con la casa de Saboya, por eso simpatiza con la

Italia, y marca su desden hácia el Austria, tan pérfida é ingrata con su tío, y se dispone á evacuar la ciudad santa, y alienta las aspiraciones del Piamonte, y se prepara y apresta para el gran conflicto, del cual no quiere aparecer como provocador, y de que sin embargo es y será el principal actor.

Y mientras en la superficie exterior de la diplomacia de Europa aparecen estos grandes é inmensos antagonismos, la poblacion moldo-valaca quiere reconstituir su nacionalidad y su derecho contra la tiranía de la Turquía y la ambicion del Austria, los patriotas de Hungría espian la ocasion de reproducir sus memorandas proezas y sacudir el yugo que les oprime, la poblacion cristiana y griega del Imperio Turco se agita y se conmueve, y apoyada por la Rusia y por la influencia moral de Europa se apresta á combatir la tiranía insufrible de la cimitarra y del alfanje, y al lado de este espectáculo en los confines de la Europa, en su centro, en la cuna y templo de la sabiduría y de las artes, en la patria privilegiada de los poetas, de los artistas y de los sabios, en la region querida de los dioses antiguos y modernos, en el país amado por todos los hombres generosos, y todos los caracteres magnánimos, en la Italia, en fin, se siente el ruido constante, sordo y profundo, que precede á las catástrofes y á las grandes y heróicas luchas, que los pueblos cansados de tiranías seculares y absurdas emprenden alguna vez para reconquistar sus derechos violados, para constituir su nacionalidad conculcada, para vengar los ultrajes y afrentas sufridas por el hierro y la perfidia de un usurpador afortunado. Tal es hoy el estado de Europa en 1859, cuando no hay distan-

cias para el hombre, cuando no puede haber secretos diplomáticos, cuando la habilidad es impotente, cuando la imprenta, el vapor, los ferro-carriles, los telégrafos, han cambiado al mundo, y cuando á pesar de muchas aberraciones y disonancias que se notan todavía en este período verdaderamente crítico de la humanidad, no hay apenas mas que una voz y un acuerdo unánime en favor de la moral y de la justicia, en favor del derecho indisputable de los pueblos á constituir su nacionalidad y á crearse su vida independiente y social por encima de todas las usurpaciones y de todas las iniquidades, decoradas con el falso título de derecho público, y sostenidas unicamente por la fuerza, el espionaje, la discordia y la metralla.

Tales son los fundamentos en que nos apoyamos para creer en la inminencia de la guerra, y para sostener que esta es inevitable, á pesar de cuantos esfuerzos se hagan en contrario. La guerra podrá dilatarse, entretenerse, transigirse por alguna combinacion diplomática, difícil todavía en el estado actual de la Europa; pero la guerra estallará, y estallará con tanta mayor violencia, cuanto mayor sea la dilacion. Hoy mismo podemos decir, que la guerra ya existe, porque la Rusia, la Francia, el Austria, la Inglaterra, el Piamonte, todas las naciones interesadas en el próximo conflicto general, aumentan sus fuerzas terrestres y marítimas, y mientras hablan de la paz, sus acciones y aprestos militares desmienten sus asertos y palabras pacíficas, revelan la próxima inminencia de la guerra.

Y España, España ¿qué hace, qué piensa, en qué se ocupa su gobierno respecto á esta grande é inmensa

question, que tambien nos afecta y nos concierna, apesar de nuestra magnífica posicion geográfica? Agenos á las luchas políticas del momento, nosotros diremos nuestra opinion, con completa abstraccion é independencia de los hombres políticos que hoy nos gobiernan. España, á pesar de la poca consideracion que se la guarda en el extranjero, á pesar de que está en una posicion tan humilde é inferior en el mundo diplomático, España tiene medios y recursos que la sobran para conquistar el rango de una gran potencia, y para hacer sentir su influencia en los destinos de la Europa. Por su poblacion, que es hoy de mas de 16 millones de habitantes, por el carácter belicoso y altivo de las razas que la pueblan, por su fuertísima porcion geográfica, por la unidad y el vigor de su vida moral, por su presupuesto de cerca de 2,000 millones de reales por sus fuerzas militares que son imponentes, por su marina mercante que es una de las mas notables de Europa, por su comercio de importacion y esportacion que pasó ya en 1857 de 2,700 millones de reales, por su marina militar, que va lentamente reponiéndose de la completa nulidad en que se hallaba bajo Fernando VII, por sus magníficos puertos en el Océano y en el Mediterráneo, y por las mejores y mas ricas colonias del mundo, que hoy posee todavía, España despues de la Rusia, de la Francia, del Austria y de la Inglaterra, ocupa y debe ocupar el primer lugar en la balanza de los Estados europeos; y si en el progreso científico é industrial. España viene no solo detrás de la Inglaterra y de la Francia, sino detrás de la Alemania; necesario es reconocer por todo el que siga con

atencion el progioso desenvolvimiento de la poblacion y de su riqueza de veinte años á esta parte, merced á las reformas políticas y administrativas del nuevo régimen tan calumniado por los ciegos adoradores de lo pasado, preciso es reconocer, repetimos, que la España se halla en vías de rápido y asombroso progreso científico, industrial, y comercial, y que tiene en cambio ventajas físicas y morales sobre naciones tan celebradas y grandes como la Rusia, el Austria y la misma Inglaterra. Para salir de su abatimiento y desconsideracion, España no necesita mas que convertir su atencion á la política exterior, mantenerse en una estricta é imponente neutralidad, mientras sus grandes intereses políticos en América y en Africa no la aconsejen el movimiento y la lucha en cambio de ventajas prácticas y positivas, sacudir sin jactancia, pero con valor y energia, toda tute'a de la política inglesa y francesa, fomentar su marina militar con perseverancia y acierto, y estar arma al brazo esperando como empieza y se desenvuelve el gran conflicto europeo, para tomar la actividad firme y resuelta que le aconsejen las circunstancias, y sus intereses permanentes y seculares, que no se hallan mas allá de los Pirineos, que están en Portugal, en Africa y en América.

FERMIN GONZALO MORON.

Del elemento militar en España en sus relaciones con la administracion civil del Estado.

La absurda imitacion del instituto militar de Francia, y la resistencia tenaz que Felipe V encontró á su advenimiento al trono en la antigua corona de Aragon, variaron completamente entre nosotros la organizacion y la vida militar de España, y dieron á esta una influencia preponderante y absurda en la administracion politica y civil del pais. Y á pesar de los grandes elogios que se dispensaron al Principe de la Paz, nombrado generalisimo en 1801 por decreto autógrafo de Carlos IV; al empezar la guerra de la Independencia en 1808, puede decirse que no teniamos generales mas que en la Guja. La raza habia perecido con el general Ricardos, que hizo alguna vez con gloria, siempre con honor, la guerra de los Pirineos, á que nos llevó contra la opinion de nuestro mas grande estadista de aquellos tiempos, el conde de Aranda, la imprudencia y la vanidad de D. Manuel Godoy, apoyada á la sazón por las doctrinas exageradamente conservadoras de D. José Moñino, conde de Floridablanca. Los Ofarril, Morlas y Sopenas habian demostrado, al reconocer la frontera de Francia y el estado de las plazas, la debilidad de nuestro instituto militar, bajo el aspecto de su defensa exterior, y venida ja guerra de la Independencia en 1808, sin negar su mérito y su pericia al duque de Bailen y al general Redding, puede asegurarse que esta inmensa y gigantesca lucha reveló patentesimamente la de-

bilidad vergonzosa de nuestra organizacion militar, la carencia completa de oficiales generales, el estado lamentable de nuestras plazas y castillos, el abandono en que yacia nuestro material de guerra, y la imprevision y la impericia militar del gobierno de Carlos IV, que dejaba acumular sobre nuestro país ignominia sobre ignominia, afrenta sobre afrenta, y catástrofe sobre catástrofe, mientras el favorito y el privado se entregaba á los placeres mas sensuales en las viciosas y encantadas riberas de Aranjuez, y el bueno de Carlos IV entretenia su tiempo en las cacerias reales, y dándose alguna vez á placeres mas culinarios y subalternos en la poética mansion conocida con el nombre de Casa del Labrador. Entonces, en aquellos ásperos y tremendos dias la nacion se salvó, se salvó por si misma, por sus guerrilleros, que brotaban por todas partes; por su poblacion escolar, que dejó el culto de Minerva por el de Marte; por su poblacion campesina, tan brava y belicosa; por el esfuerzo y el denuedo de todos sus habitantes que, al recuerdo de tantas infamias y perfidias, *se levantaron todos como un solo hombre de honor*, segun la magnífica y elocuente frase de Napoleon en Santa Elena. Mas el *guerrillismo*, elemento el mas esencial de defensa y de salvacion desde 1808 á 1814, trajo consigo, aparte de los actos de bárbara y sangrienta crueldad á que mas de una vez se abandonó, trajo consigo la influencia anti-social y anti-política del elemento militar, cuyos representantes se entregaron en muchas ocasiones á excesos y desmanes con el paisanaje, que no queremos siquiera recordar por no manchar las páginas de nuestra memoranda lucha. Desde aquellos dias, como sucede en todos los períodos de borrascosa agitacion, la nacion se acostumbró, y se acostumbró malhadadamente á presenciar actos de barbarie y de desenfreno militar, que han continuado hasta nuestros dias. Porque Fernando VII, libre de su cautiverio de Valencey, en 1814, necesitó, buscó y usó del elemento militar, personificado en el general Elio, para burlarse de las Cortes de Cádiz, que habian defendido sus derechos, para dar al traste con el régimen constitucional que la nacion habia proclamado, para llevar á los presidios de Africa á patricios tan eminentes como Martinez de la Rosa, y para resucitar el régimen arbitrario é inquisitorial, con toda la herrumbre de los dias mas aciagos de su dominacion, y con toda la violencia y bárbara crueldad que ha distinguido siempre al partido mal llamado Apostólico de España, que entonces, como ahora, proclamó la union de todos los españoles, para adormecer á los incautos y arrojarle, una vez conseguido su objeto, sobre sus

numerosas víctimas, como se arroja el milano sobre los pacíficos é indefensos pájaros que vuelan en la atmósfera. Y despues, en 1820, el elemento militar, haciéndose eco de las quejas de la nacion, llegada al último grado de envilecimiento exterior y de miseria interior bajo los seis primeros años de la monarquía absoluta de Fernando VII, proclamó la constitucion en las Cabezas de San Juan y en la isla de San Fernando, y los Minas, y los Rotem, y los Mendez-Vigos, se lanzaron á desafueros, que nosotros condenamos con energia y entregaremos siempre á la reprobacion de la historia, porque somos enemigos de toda arbitrariedad y de toda tirania, cualquiera que sea su disfraz, y cualquiera que sea el principio que ella invoque. Despues, despues, aun cuando el gobierno de los Calomardes y Alcudias miró con prevencion al ejército, y le desorganizó, y le redujo á la nada, y sumió en la desesperacion y en la miseria á los mas bravos oficiales de nuestra milicia, para dar lugar é importancia á la chusma militar del realismo, ¿quién no recuerda, quién ha olvidado las sangrientas comisiones militares de los Chaperones, y los actos de pérftida y bárbara crueldad á que se entregó el gobierno de Fernando VII, así en 1824 como en 1830? Solo la conspiracion carlista de 1827, iniciada y protegida por los parientes y favoritos del cuarto del infante D. Carlos, secundada al principio y traicionada despues por Calomarde, solo esta conspiracion no fue investigada y castigada como su gravedad y ramificaciones exigian, porque Fernando VII, tan severo y cruel con los emigrados y liberales, fue siempre tímido, hasta la abdicacion y la cobardia, ante su hermano el infante D. Carlos. Mas tarde, en 1853, cuando la vida del rey se hallaba ya en peligro inminente, y un nuevo porvenir político se vislumbraba para esta infortunada nacion, los generales mas comprometidos en el órden político que agonizaba, se agruparon alrededor de la reina Cristina, y el elemento militar, fuerte y poderoso en este país, adquirió doblado brio y prepotencia durante los siete años de la guerra civil. Y los estragos de esta guerra, y la division del partido liberal, anunciada con caractéres evidentes en la sublevacion asquerosa de la Granja, y los desórdenes y motines que diariamente se sucedieron en Valencia, Barcelona, Málaga, Sevilla, Zaragoza, centros principales de la riqueza, de la poblacion y del movimiento político de España, y la imprevision de la corte, y la cobardia y escasa talla de muchos de nuestros hombres públicos, dieron al elemento militar una influencia preponderante, soberana y dictatorial, reflejada y diafanada en la persona del general Es-

partero, despues en la del general Narvaez, y hoy en la del señor conde de Lucena y los generales que abrazaron su causa en 1854. La historia, al consignar los sucesos politicos de 1833 á 1838, de 1838 á 1843, de 1843 á 1854, encontrará por todas partes que, mientras la nacion combatia y se esforzaba por defender el régimen constitucional y las santas y legitimas conquistas de una libertad prudente y moderada, la influencia militar se vigorizaba, se estendia y se ampliaba bajo esa absurda jurisprudencia de los estados de sitio, contraria á la ordenanza militar, subversiva de todo órden politico, incompatible con la vida civil, incompatible con el régimen constitucional, depresiva y afrentosa, no solo para las autoridades politicas, administrativas y judiciales, sino para las Córtes y el trono mismo. Y mientras con mayor ó menor violencia, con mas ó menos acierto, ha sido reformado el antiguo edificio politico y administrativo de España, y no hay ramo en la administracion pública que no haya sufrido la influencia saludable de los tiempos, solo la organizacion militar, *en sus relaciones con el estado civil del país*, permanece inmóvil, estacionada, decimos mal, cada dia mas arrogante é invasora, como si viviéramos bajo la monarquia absoluta de Felipe V ó de Fernando VII, como si no hubiera Córtes, imprenta y un trono constitucional, como si este país fuera una bebetria de mar á mar, que no pudiese ser regido sino por la dureza del régimen militar ó por los personajes que ciñen espada y que visten faja, y cuyas aptitudes militares respetamos y reconocemos, permitiéndonos dudar de su capacidad politica. Y esta preponderancia del elemento militar, unida á nuestro carácter vehemente y meridional, han siempre dado al gobierno un sello de arrebato, de violencia y de fuerza, que no solo mata el régimen constitucional y la vida civil, sino que nos desconsidera y nos infama en el exterior, arrojando sobre nuestro país el baldon y la ignominia de un país de bárbaros. Y por mas doloroso que nos sea confesarlo, no ha faltado fundamento para estas calificaciones tan depresivas y afrentosas, que nos han lanzado desde sus respectivos parlamentos los estadistas mas reputados de la Francia y de la Inglaterra. Que si fuéramos á evocar recuerdos dolorosos, si fuera conveniente narrar los actos de estúpida arbitrariedad cometidos en un momento de mal humor ó de ciega cólera, por hombres que no han sabido jamás ser ministros de un país constitucional, ni reprimir su carácter, si sometiéramos hoy á una revision imparcial los destierros, los fusilamientos y las penas impuestas por comisiones militares, bajo la

absurda jurisprudencia de los estados de sitio, ó bajo el pánico de las sublevaciones, seguros estamos de que algunos nombres quedarían infamados ante sus contemporáneos, como pasarán á la posteridad y á la historia, Y mientras los partidos políticos, ó sus desorganizados restos, luchan y reluchan por estériles discusiones sobre la reforma ó no reforma constitucional, sobre doctrinas de mera abstraccion, ó de utilidad y oportunidad muy problematica, ningun hombre politico de alguna talla se acuerda de poner el dedo en la llaga, tiene el valor suficiente de decir á la corte que está siguiendo una política errada y funesta, dando cada dia mayor importancia al elemento militar, y creyendo que la nacion no puede ser gobernada sino por generales, ningun hombre de Estado se atreve á decir al país y á la Reina que los militares deben mandar las tropas, y defender el trono y la nacion contra sus enemigos; pero que los militares, con muy contadas escepciones, no pueden ni deben mandar á los paisanos, no pueden ni deben dirigir el gobierno y la nacion. Cada profesion, y mas que ninguna la militar, tiene sus condiciones, sus hábitos, su idiosincrasia moral, si se nos permite esta frase, y los hábitos de obediencia y de mando inflexible, y la arrogancia y la dureza de la vida militar son poco compatibles con la discrecion, con el tacto y la prudencia, calidades necesarias en el gobernador y estadista.

Pocos tendrán una idea mas elevada que nosotros; pocos estimarán tanto como nosotros á generales tan distinguidos como Narvaez, los Conchas, Ros de Olano, Serrano, Córdoba, Lersundi y otros, con quienes han ligado y ligan vinculos de buena amistad y correspondencia. Soldados, empero, de la verdad y de la razon, nuestras afeciones y simpatias particulares no han pesado jamás bastante en nuestro ánimo para entibiar nuestro patriotismo y para dejar de decir lo que nuestras convicciones y nuestros deberes nos obligan á decir; y es que los distinguidos generales del ejército español pueden, deben y tienen derecho á ser auxiliares principales del gobierno, pero no pueden ni deben ser la encarnacion, el pensamiento y la vida del gobierno. Y el que lo hayan sido para nosotros hasta ahora en España, solo se explica y esplicarse puede por la escasa talla y la pobre y vulgar ambicion, ó mas bien codicia de poder de nuestros hombres públicos, por un error y un pánico funestamente arraigado en nuestra corte, por la vergonzosa cobardia de los elementos y clases conservadoras en España, que están siempre viendo ó temiendo cataclismos, y por la preocupacion tan general y

acreditada, que solo ve carácter y valor en los militares, como si estas prendas fuesen en España y en ninguna parte patrimonio esclusivo de los generales, como si el valor político no lo diesen el talento y la ambicion esclusivamente, y como si el valor y la energia políticas no fuesen cosa muy distinta del valor militar.

Por eso, y solo por eso, se esplica la preponderancia militar, que es aquí, no solo el obstáculo mas poderoso al desenvolvimiento espontáneo y pacifico de las instituciones políticas y civiles del país, sino que tiene en el estado mas completo de confusion, de debilidad y de desorden la organizacion administrativa de nuestro instituto militar, como demostraremos en el artículo inmediato.

FERMIN GONZALO MORON.

EMPERADOR CARLOS V.

ARTICULO IV.

Fue un espectáculo tan grave y solenne el de la abdicacion de Carlos V. y se halla ademas tan enlazado con su vida y retiro en el monasterio de Yuste, que no era fácil ocuparnos de los últimos días del gran Emperador y estadista, sin que hicieramos debida mencion y pagásemos nuestro homenaje a la grandeza de animo y magnanimidad de sentimientos, de que dejó tan honda huella en el alma de la reina Isabel en los momentos de su abdicacion.

Y espuestos y narrados los antecedentes de este granioso y colosísimo espectáculo, dado a la Europa por el mas ilustre de sus Emperadores, y por uno de los caracteres mas completos y simpáticos que nos ha trasmitido la historia, y que ha producido la antigua y

VIDA EN EL MONASTERIO DE YUSTE

DEL

EMPERADOR CARLOS V.

ARTICULO IV.

Fue un espectáculo tan grave y solemne el de la abdicacion de Carlos V, y se halla ademas tan enlazado con su vida y retiro en el monasterio de Yuste, que no era facil ocuparnos de los últimos dias del gran Emperador y estadista, sin que hiciésemos debida mencion y pagásemos nuestro homenaje á la grandeza de ánimo y magnanimidad de sentimientos, de que dejó tan acabada muestra el nieto de la reina Isabel en los momentos augustos y gloriosos de la abdicacion.

Y espuestos y narrados los preliminares de este grandioso y celeberrimo espectáculo, dado á la Europa por el mas ilustre de sus Emperadores, y por uno de los caracteres mas completos y simpáticos que nos ha trasmitido la historia, y que ha producido la antigua y

memoranda casa de Hapsburg, es llegada la oportunidad de narrar a vida y retiro del Emperador Carlos V, tan elegante y concienzudamente escrita, en 1858, por Guillermo Stirling, literato inglés sumamente apasionado y benévolo hacia nuestro país, y que habia conquistado ya altos derechos á la gratitud nacional por su escelente y clásica obra de los *Anales de los artistas en España*, obra sin duda muy superior al *Diccionario* de Cean Bermudez.

En la tarde del 28 de Setiembre de 1556, entró Carlos V en Laredo, despues de su navegacion, y fue recibido en esta poblacion por el obispo de Salamanca, Pedro Manrique y el alcalde de corte Durango, que esperaban al emperador de orden de la infanta Juana, regenta de España. En Laredo permaneci6 Carlos V descansando de las fatigas de su viaje y sufriendo algunas privaciones, hasta el 6 de Octubre, en que sali6 para Valladolid, y adonde lleg6 con sosegado paso y haciendo jornadas de tres y cuatro leguas el 21 del citado mes. El Emperador y su corte se alojaron en la casa de Gomez Perez de las Marinas: las reinas viudas Eleonor y María llegaron al dia siguiente á la que era entonces corte de España, y en ella el Emperador fue recibido en triunfo por el Consejo de Castilla, los grandes y altos dignatarios, celebrándose en seguida un banquete y un baile, dispuesto sin duda por Carlos V para despedirse. con la galantería que le era tan natural, de las mujeres de sus fieles servidores. El buen humor no abandon6 al rey en este momento, y refiérese que su bufon Perico de Sant-Ervás que, para hacerle reir, habia llamado á Felipe II *señor de todo*, al pasar cerca

del Emperador fue saludado por este quitándosele el sombrero. El bufon, al observar la distincion, dijo: «¿Qué, vos os quitais el sombrero para mí? Esto significa que ya no sois Emperador.»—«No, Pedro, contestó el fino y agudo monarca; esto quiere decir que yo no tengo otra cosa que daros que esta cortesía.»

En Valladolid, el ilustre emperador se ocupó de graves negocios de Estado, y quedó bien poco satisfecho del príncipe Cárlos, cuyo indócil y extravagante carácter le disgustó sobremanera, recomendando á la reina Eleonor el cuidado severo de este niño, opinion que, segun el juicio de algunos, influyó bastante cerca de su padre Felipe II para el ódio y aversion que le cobró mas tarde.

En 4 de Noviembre de 1556, el Emperador comió en público por última vez en Valladolid, y se despidió de la princesa regenta. En la puerta de campo dió licencia á los grandes que le rodeaban y querian seguirle algunas leguas de camino para que se retirasen, y acompañado de su servidumbre y de 40 alabarderos, se dirigió á Valdestillas, donde pernoctó, descansando al dia siguiente en Medina del Campo. Al tercer dia de marcha manifestó á sus criados que, gracias á Dios, podian ya caminar sin ceremonia, y que no teudrian que sufrir visitas y recepciones. El 6 de Noviembre pernoctó en Horcajo, el 7 en Peñaranda, el 8 en Alfaraz, el 9 en Gallegos de Solmiron, el 10 en el Barco de Avila, el 11 en Tornavacas, y al descubrir el 12 el bellissimo valle de Plasencia, y al dirigir su vista á Puerto Nuevo, exclamó: «Esta es la Vera. Ya no pasaré otro puerto.» Acompañado siempre el buen Emperador de su leal ser-

vidor y confidente D. Luis Quixada, tan célebre por su valor y fidelidad como por haber criado en su casa al ilustre bastardo D. Juan de Austria, llegó el 12 de Noviembre á Xarandilla, donde permaneció tres meses, esperando la conclusion de las obras que se hacian en el pintoresco monasterio de Yuste para recibir á su imperial huésped.

No hay una demostracion evidente de que el Emperador hubiese visto la Vera de Plasencia antes de venir á ella para acabar sus dias en el escogido reposo de un claustro. Es, sin embargo, de creer que, bien en Abril de 1525, en su peregrinacion al santuario de Guadalupe, ó durante los pocos dias que estuvo en Oropesa al pasar á Sevilla en Febrero de 1526, ó al visitar en Salamanca, el año de 1534, á su anciano tutor, el obispo Luis Cabeza de Vaca, en alguna escursion de caza penetraria en las montañas y region que habia escogido para recogimiento y reposo de su agitada y borrascosa vida.

En Xarandilla, Cárlos V ocupó el palacio del conde de Oropesa, y no dejó de atender á los negocios de Estado, y especialmente á los asuntos de Flandes, por medio de su secretario Gaztelu, ocupándose casi diariamente de las obras que se hacian en el monasterio de Yuste. Estas habian empezado ya en Julio de 1553, bajo los planos del célebre arquitecto Gaspar de la Vega, si bien se afirma que el primer trazado se debió á la mano del mismo Emperador, que fue un conocedor hábil y un distinguido patrono de las bellas artes. En 24 de Mayo de 1554, Felipe II visitó á Yuste, de órden de su padre, para inspeccionar las obras, cuya di-

reccion económica fue encómendada á Fr. Juan de Ortega, general de los Gerónimos, y á Fr. Melchor de Pié de Concha. Ortega fue depuesto del generalato, y su sucesor Tofiño les arrancó la inspeccion de dichas obras, en que fueron reinstalados por el Emperador, que llevó muy á mal esta interferencia ó intrusion del nuevo general en un negocio de mera confianza. Ortega, Tofiño y el prior de Yuste se reunieron varias veces cerca del Emperador, así en Valladolid, como ahora en Xarandilla, para hablar de las obras; y en 22 de Noviembre, á pesar del mal tiempo, marchó Cárlos V á Yuste en su litera, inspeccionó las obras, mandó preparar cuarenta camas, y anunció su deseo de estar en el convento á mediados de Diciembre.

Al acercarse el momento de su estancia en Yuste, Cárlos V tuvo no poco que sufrir de la poca voluntad é inclinacion que sus criados y servidores sentian de enterrarse en Yuste. Todos, sin escluir á Gaztelu, ni Quixada, exageraban los inconvenientes y escaso *comfort* de este monasterio, y Cárlos V, ó se hacia el sordo á estas quejas, ó solia repetir la frase tan española: «No es tan bravo el leon como le pintan.» Y para que nada faltara á este cuadro de la pequeñez y miseria de los hombres, hasta en el seno del convento habian surgido discordias y rencillas entre los frailes, algunos de los cuales debian desalojar la casa para los nuevos huéspedes, y se resistian á ello, no queriendo perder las esperanzas del favor imperial.

Durante la estancia de Cárlos V en Xarandilla, fue nombrado su confesor el aragonés Fr. Juan de Regla, que de estudiante sopista habia sido elevado sucesiva-

te á la dignidad de representar los teólogos de Aragon en el Concilio de Trento, y á la de prior del convento de Santa Engracia en Zaragoza. Cuéntase de él, que al ser introducido por primera vez ante el Emperador, manifestó á este la repugnancia que sentia en aceptar un cargo de tan grave responsabilidad, y que Carlos V, con la agudeza que le era tan propia, hubo de responderle: «No tengais miedo, padre; antes de dejar á Flandes, cinco doctores estaban encargados anualmente de mi conciencia; y ahora vos no tendreis que responder sino de lo que aquí ocurra, que no puede ser mucho.»

Y como es propiedad de los hombres eminentes immortalizar los sitios y personas que les fueron mas familiares, no será inoportuno dar un bosquejo de la servidumbre que por estos dias acompañaba al Emperador.

Figuraba al frente de la misma Luis Mendez Quixada, su mayordomo, descendiente de Ruy Arias Quixada, que asistió al rey D. Alonso VI en la conquista de Toledo, año 1085, y de Gutierrez Gonzalez de Quixada, señor de Villagarcía, distinguido por sus proezas en los torneos, y por su favor en la fugaz y esplendorosa corte de Felipe el Hermoso de Castilla, padre de Carlos V. Luis Mendez de Quixada entró de paje en la servidumbre del Emperador, y despues de notables proezas delante de Tunez, de la Goleta y en los Paisés-Bajos, fue nombrado coronel y mayordomo á la vez de la casa imperial, puesto en que logró la completa confianza de Carlos V, hasta encomendarle en 1554 la crianza y educacion de su hijo bastardo D. Juan de Austria. Luis

Mendez de Quixada habia casado en 1549 con la señora doña Magdalena de Ulloa, tan distinguida por su cuna como por su belleza, y es de notar, que cuando el emperador ordenó que su querido hijo D. Juan de Austria pasase de Leganés, donde habia sido criado desde los cuatro hasta los ocho años de su edad por Massi, músico favorito de Carlos V, á la casa de Quixada en Villagarcía, este escribió una carta á su mujer doña Magdalena, recomendando eficazmente al niño D. Juan, y diciendole que era el *hijo de un grande hombre*, su *querido amigo*, de suerte que la buena y altiva señora castellana, que no tenia hijos, cuidó y amó á D. Juan con el mas estrechado cariño, y esto á pesar de haber creido algun tiempo, que seria el fruto de alguna antigua pasion de su marido. Porque Luis Quixada fue tan leal servidor de Carlos V, que durante la vida de este jamás reveló su secreto, ni permitió que lo penetrase doña Magdalena de Ulloa.

Seguia en importancia al mayordomo Quixada en la modesta corte del Emperador, su secretario D. Martin Gaztelu, por cuya mano pasó toda la correspondencia del Emperador, y que escribia hasta los documentos mas reservados que dictaba Carlos V, no siendo á este posible escribir porque la gota le habia inutilizado sus dedos casi del todo. Guillermo Van-Male ó Malines, flamenco, que escribió en correctó y elegante latin los Comentarios sobre la guerra de Alemania hecha por el Emperador, entró de ayuda de cámara y barbero en 1550 en la corte del Emperador, y este amator distinguido de las letras y artes, trató con sumo favor á Malines, lamentándose alguna vez de que el descuido de su educa-

cion no le permitiese gozar de los placeres literarios. Sin embargo de ello, la historia refiere para eterno honor de Carlos V., que durante su navegacion por el Rhin en 1550 entretuvo el tedio de su viaje escribiendo una memoria de sus campañas y correrías, que Malines tradujo del francés en que estaban escritas, en latin, y que otro de los placeres literarios del Emperador fue traducir en prosa castellana el poema francés escrito veinte años antes por *Oliver de la Marche*, titulado *L' Chevalier delibéré*, que de orden de Carlos V fue vertido en verso por Fernando de Acuña: durante los seis últimos años que precedieron á su abdicacion, Van-Male fue compañero constante del Emperador, durmiendo siempre en un cuarto inmediato á la cámara imperial; y no pocas noches, para entretener sus vigiliás é insomnios, Carlos V y Malines cantaron juntos salmos de David, devocion á que era muy afecto el vencedor de Pavía. Tan cierto es que el hombre cuanto mas encumbrado está en la esfera social, necesita mas la confianza y el santo perfume de la amistad, y tan cierto es lo que Labruyere dijo en sus *caracteres* «*Que la verdadera grandeza es dulce, familiar, popular, y que se deja tocar y manejar.*»

Enrique Mathys ó Matisio, flamenco tambien, fue el médico continuo del Emperador en Xarandilla, y vemos con gusto aparecer en su córte como uno de sus servidores, al eminente ingeniero y mecánico de aquellos dias el Cremonés Juanelo Torriano, tan célebre por sus artificios en Toledo y por sus trabajos hechos bajo Felipe II para la navegacion del Tajo; fue su guardarropa en Yuste Guyon de Moron, y habia ademas siete ayudas de cámara de primera y segunda clase, y dos boticarios

que compusieron la de Cárlos V, y cuyos salarios se elevaban desde 80 ducados á 500 que tenia respectivamente Quixada, Gaztelu, Mathis y Moron, apareciendo en salarios y precedencia como ocupando el primer lugar Quixada, el segundo Mathis, el tercero Moron, el cuarto Gaztelu, y el quinto Van-Male ó Malines.

FERMIN GONZALO MORON.

EL ACTUAL EMPERADOR DE LA RUSIA,

ALEJANDRO II.

ARTICULO PRIMERO.

El vasto y poderoso imperio de Rusia tiene el privilegio de escitar hace tiempo la mas séria y profunda atencion de los primeros soberanos y estadistas de Europa. Resguardado de las invasiones esterioras por su inmensa población y territorio, por las fuerzas colosales de su organizacion militar, la mas vigorosa á nuestro juicio de todas las conocidas, por la dureza de su clima, tan mortal para la generalidad de los europeos, y por la política consecuente y secular de los ilustres príncipes de la dinastía de Romanof, la Rusia desde Pedro el Grande ha adquirido proporciones tan colosales, que hace dias su tremenda y pavorosa imágen es el espanto de la Europa, la última esperanza de los adoradores y creyentes de la monarquía absoluta, y el tema obligado de execracion para los defensores de la libertad de los pueblos, que ven en este imperio y en su rápido é inmenso poderío una nueva Scandinavia, de que pueden salir en el siglo XIX nuevas hordas de bárbaros, y nuevos Atilas y Gensericos, que lleven la guerra, la deso-

tacion y la conquista por los hermosos continentes de la Europa civilizada y constitucional. Escusado es decir, que nosotros no participamos de estos temores, que no creemos en este tremendo y pavoroso porvenir de Europa, que no damos á la Rusia este poder, ni opinamos tampoco que este sea su destino. Napoleon y sus águilas invencibles se detuvieron con horror y con espanto ante el gran incendio de Moscow; en los climas inhospitalarios de la Rusia pereció la flor del ejército francés, y la dolorosa impresion de este acontecimiento, mas que la serena y tranquila razon, pudo dar ocasion al tan repetido dicho, de que la *Europa antes de cincuenta años seria republicana ó cosaca*. La Rusia es y será fuerte ante las potencias de Europa, dentro de su propio territorio, donde hay no solo que luchar con el vigor y el patriotismo de su pueblo, sino con sus inmensas y mal pobladas regiones, y con la dureza inhospitalaria de su clima. Pero la Rusia, luchando fuera de su país, nada ha hecho todavía tan extraordinario, que pueda, no decimos aventajar, sino competir, siquiera con las glorias y grandezas adquiridas por otras naciones de Europa, llevadas á vivir y desenvolverse fuera de su propio territorio. Es verdad que en 1815 el emperador Alejandro I dictó la ley en el Congreso de Viena, es verdad que su hermano Nicolás con su politica hábil y sagaz, y sus victorias contra los turcos, supo conservar hasta la toma de Sebastopol la fama colosal de su imperio; pero tambien es cierto, que al ir á realizar el sueño dorado de su politica secular, al querer plantar el estandarte de la doble águila rusa en las torres de Santa Sofia, el Austria le detuvo antes de que pudiese penetrar en los Balkanes, y las huestes anglo-sardo-francesas demostraron la superioridad de su valor y de su génio militar en las batallas de Alma y de Inkerman, tomaron tras recios combates su mas fuerte plaza y arsenal en las orillas del mar Negro, y le obligaron á aceptar un ignominioso *Non plus ultra*, declarando la neutralidad de este mar y de sus

puertos, que es el camino natural de la Rusia para la conquista de Constantinopla, y del moribundo y agonizante imperio de los Osmanlis.

Consumada la toma de Malakof y de Sebastopol, y habiendo poco antes fallecido el inclito y perseverante soberano, que habia entregado su vida y toda su alma á la realizacion de los gigantescos planes de Pedro I y Catalina II, sus ilustres progenitores, sucedió al imperio de la Rusia su hijo, el actual emperador Alejandro II.

En las bárbaras y sangrientas escenas, que mas de una vez con asombro y estupor de la Europa se habian representado en el palacio de los Czares, la política sagacidad de Nicolás I habia conocido, que era el primer deber de un soberano de la Rusia fortalecer los lazos de familia en la casa imperial, asegurar la armonía y la subordinacion gerárquica entre los diversos príncipes de su estirpe, y obtener la paz y la armonía, que constituyen la grandeza y porvenir de las familias particulares, y que son una necesidad absoluta para las de los reyes y emperadores. Por eso, Nicolás I fue modelo de padres y esposos, rígido é inflexible observador de la subordinacion gerárquica entre sus hijos, y vivo y moribundo se preocupó antes que todo de la union y armonía de la familia imperial, como hombre que siente hervir en su pecho noble y altiva ambicion, como quien tiene fe en el glorioso porvenir de la Rusia, y soberano y ruso antes que todo, no quiere se eclipse ó baje de color y de luz la estrella de su dinastía por las discordias y rencores de la imperial familia.

Estos sentimientos eran demasiado patrióticos y sagrados, para que Alejandro II no pagase el debido homenaje á su venerando recuerdo. Puede asegurarse, que con Nicolás I sino murió el viejo partido ruso, partidario de la autoridad teocrática y absoluta de Czar, partidario de la conquista de la Turquía y del desenvolvimiento militar y político no definido de la Rusia, faltó

al menos su mas vivo, enérgico y poderoso representante. Sin embargo, el actual emperador, queriendo conservar á todo trance la dignidad de su país, y pagar un tributo de respeto á la memoria de su padre, continuó á nuestro juicio contra su propia inclinacion, la guerra de Crimea, y cuando Malakof fue tomada, marchó con tranquilo y sosegado paso por las vias pacíficas de la conciliacion y de los tratados. Desde este momento, si la Rusia no ha abandonado, ni abandonar puede su dorado sueño de la posesion del Bósforo, de los Dardanelos y Constantinopla, la primera posicion estratégica y política del mundo, hizo un alto y una tregua en esta direccion de su diplomacia, y se ha consagrado á reparar sus fuerzas quebrantadas, á esperar con calma mejores ocasiones, y á trabajar en tanto en la emancipacion social de su inmensa poblacion territorial, y á buscar en su prosperidad y engrandecimiento interior, una compensacion saludable al momentáneo eclipse de su gloria exterior. Al frente de esta empresa patriótica y digna de señalada loa se ha colocado Alejandro II, actual emperador de Rusia: por eso es tan interesante conocer la vida de este ilustre principe, juzgado por *Louzon Le Duc* en un libro publicado sobre el mismo en París año de 1853, con mas exactitud y acierto, que el que suelen tener las obras francesas escritas sobre la Rusia, que por regla general están plagadas de errores, de preocupaciones y de fábulas, en cuanto concierne á la historia y verdaderas fuerzas del gran imperio de los Czares.

Alejandro II, actual emperador de la Rusia nació en 29 de Abril de 1818. Su padre Nicolás I no era á la sazón mas que Gran Duque, si bien presentia los altos destinos de su porvenir. Cuéntase en efecto que el rey de Prusia, Guillermo III, no habia consentido en otorgarle la mano de su hija, Alejandra Federowna, sino con la condicion, de que su hermano mayor el Gran Duque Constantino, renunciaria en su favor por medio de una

abdicación preleminar y secreta, sus derechos al trono imperial. El nacimiento de Alejandro, llenó de una inmensa alegría el corazón de su padre, y Nicolás I, que tan frío, severo é implacable se mostró después como emperador y soberano, se enterneció, para usar las palabras de Louzon Le Duc, en presencia de una cuna. En estos momentos de alegría y júbilo, Nicolás I escribió á Agustín, arzobispo de Moscow, una carta patética y religiosa, digna de ser literalmente copiada por el perfume paternal y místico, que toda ella respira:

«Muy santo prelado.

He visto con el temor de un débil mortal, mas con la esperanza de un fiel cristiano, acercarse el momento mas decisivo de mi vida. No sabiendo, sin embargo, lo que la Providencia me tenia reservado, habia fortalecido mi alma con un voto religioso, y esperaba con resignacion su divina voluntad.

La divina Providencia ha tenido á bien hacerme gustar la felicidad de ser padre, y Dios ha querido conservar la madre y el hijo. La expresion del reconocimiento innecesaria para aquel que tiene las llaves de los corazones, es indispensable, sin embargo, para quien de ella se encuentra penetrado. El voto que yo me apresuraré á cumplir, es el de erigir bajo la invocacion de Alejandro Newski (patron del recién nacido), una capilla en la iglesia de la Nueva Jerusalem (convento de las cercanias de Moscow). Es la humilde ofrenda de un padre piadoso, que confia al Omnipotente su tesoro mas precioso, el destino de su mujer y de su hijo.

Vos, Eminentísimo, sereis mi ayuda y mi guia en el cumplimiento de un voto á mi corazón tan caro. ¡Que súplicas fervorosas sean dirigidas al cielo por la madre y el hijo al pié de ese altar levantado por la gratitud de un padre; y que el Todopoderoso prolongue sus dias para su felicidad, para el servicio del soberano, para honor y para bien de la patria!»

Con tan bellas, graves y sentidas palabras se espres-

só el gran duque Nicolás al nacer el primogénito de sus hijos; y quien así escribe y siente, está lejos de ser un hombre vulgar. La gran duquesa, que tenia una especie de adoracion hácia su esposo, se abandonó al cariño con el amor apasionado que las madres sienten hácia su primogénito, y desde este momento se pudo observar que la estrella resplandeciente de la córte de Alejandro I era una princesa tan cumplida para llenar los graves deberes de la maternidad, como para los ceremoniosos de las recepciones oficiales y de los bailes de palacio. Los dos esposos se consagraron con afan incansable á la educacion de su hijo, se encerraron cada dia mas en el interior de su familia, y no puede sin grave injusticia negarse á Nicolás I que en la intimidad de su casa mostró todas las bellas cualidades de excelente padre y de esposo.

Buscando Nicolás I la realizacion de sus dorados sueños en el desenvolvimiento de la vida militar, y acostumbrado á pasar revistas, examinar uniformes, y á tratar como cuestiones de Estado los mas menudos detalles de la vida de cuartel, tomaba el mas singular placer en iniciar á su hijo, apenas salió de sus pañales, en la disciplina y pormenores de la vida del soldado, y él mismo le obligaba á hacer el ejercicio, indicándole su porte y movimientos con la seriedad y rigidez que usaba con sus tropas; estos juegos militares eran poco lisonjeros y simpáticos al dulce carácter de Alejandro, que preferia como era natural, los mas suaves á que su madre presidia. Deseando, sin embargo, el emperador decidir las inclinaciones de su hijo por una vida severa y militar, no habia aun salido este del poder de las mujeres, cuando ya le nombró por ayo al general Morder, que aleman por su origen y protestante por religion, tenia un corazon recto y un espíritu ilustrado, habia escrito versos y obras de educacion, y era muy amado y distinguido por Nicolás I. Cuéntase de Alejandro II que siendo niño era poco aficionado á los libros, que no demostraba la curiosidad

ardiente que despues distinguió á su hermano el gran duque Constantino, y que su alma tenia mas inclinacion á las dulces expansiones del corazon que á los severos razonamientos del espíritu. El general Morder sabia con gran habilidad presentar á su discípulo en formas agradables sus ideas, y á pesar de los diversos maestros que se asoció para llenar sus deberes, cuidó siempre con estremada solícitud de la unidad de su instruccion. Desgraciadamente para el emperador Nicolás, el general Morder murió poco tiempo despues del advenimiento de aquel al trono de la Rusia, y tras de mucha vacilacion, fue nombrado ayo del príncipe el célebre poeta Joukousky, que aunque ruso *pursang*, habia modificado y suavizado su carácter, estudiando y admirando á los dos grandes poetas alemanes Schiller y Gœthe.

FERMIN GONZALO MORON.

EL CORAZON DE UNA NIÑA,

A FRANCISCO BAÑARES.

¿Porque lloras, niña bella?
¿Quién pudo á tus breves años
Producirte esa querella?
¿Serán pueriles engaños
El fin y la causa de ella?
—¡Ay de mí, no es ilusion,
Hija de mi fantasía,
La causa de mi aficcion!
Es..... ¡pobre esperanza mia!
Que he perdido el corazon.
—¡El corazon! ¿y en la calle
Lo buscas desacordada
Con esos ojos y talle?
—Allí lo perdí, cuitada,
Y allí tambien quizás lo halle.
—¡Pobre niña! el corazon
No es prenda que da el ladron
Cuando una vez lo ha robado:
¿Estás cierta no lo has dado
Por una hermosa ilusion?
—¡Ay, no!
—¿Pues quién ha podido
Hallarle, si lo has perdido
Como dices?..
—Lo perdí.
—¿Cruza la calle atrevido

De noche un mancebo?

—¡Ay, sí!

—¿Y te ha dicho suspirando,
Al mirarte con pasión:
Niña, yo vivo pensando,
Dáme, niña, el corazón,
Porque te estoy adorando?.

—¡Ay, no!

—Pero sus miradas,
Porque hablan también así
Las almas enamoradas,
¿Ya te habrán dicho calladas
Dulces ternezas?

—¡Ay, sí!

—Y tú, entonces, conmovida,
Embriagada en la ilusión
Que un cielo brindó á tu vida,
Le abristes el alma herida
Y se llevó el corazón?

—¡Ay, no!

—¿Le viste callada
Y con lángidas miradas
Como me miras á mí,
Le miraste enamorada
Temblando de dicha?

—¡Ay, sí!

—¿Y te ronda con pasión,
Y con embriaguez te mira,
Y es su vista tu ilusión,
Y se va tu corazón
Trás del galán si suspira?

—¡Ay, no!

—¿Será que tu vida,
Y la esperanza querida,
Y el corazón que hay en tí,
A la primera partida
Niña, los perdiste?

—¡Ay, sí!

—Entonces no llores más
Al galán que amando estás
Y el corazón te llevó.

—¿Me amaré también?

—Quizás.

—¿Quién es?

—El galán soy yo.

¿Pero callas, niña mía?
 ¿No lloras ¡ay! de alegría
 Con la ventura que alcanzas?
 Si no amases, ¿qué sería
 De mis pobres esperanzas?

—¿No amarte á ti, mi poeta,
 Cuando vive de tu amor
 Mi alma de mujer inquieta,
 Y estoy á ese amor sujeta
 Como á la tierra la flor?

—¡Es verdad, bella mujer,
 Eres mía hasta morir,
 Y de este inmenso querer
 Envidias han de tener
 El mundo y el porvenir!

Madrid 1857.

BIENVENIDO V. CANO.

MI PLEGARIA A DIOS.

INVOCACION.

Dignaos, Señor,
Desde la alta cumbre,
Do morais, mi Dios,
Encender mi mente
De santo temor.
Inspira mi alma
De suave fervor,
Y cante mi lira
Los cánticos dulces,
Augustos, sagrados,
Y dignos de Vos.
El fuego inspirado
De santos profetas
Y siervos de Dios,
Alumbre mi mente
Con célica luz,
Y brote del pecho
Vivaz, esplendente,
La llama sagrada,
Que siempre brotó
Del alma abrasada
De santo fervor.
Perdona, Señor,
Mis culpas y yerros,
Que siempre fue buena,
Mi pura intencion.
Derrama tu gracia,
Tus dones y honor

Pues, que yo te invocó
Como un pecador.

Si dueños de gloria,
Ardiente ilusion,
O faltas mas graves
De mi corazon,
Te han ofendido,
Piadoso Señor,
Olvida mis yerros,
Oh Dios del Tabor,
Pues sabes que siempre
Mi alma agitada,
Buscó desalada
Tu apoyo, Señor.

Los cielos, Señor, cantan tu gloria, y las obras de tus
manos anuncian el firmamento.

Astro puro y esplendente,
Que de la ignorada esfera,
En que sigues tu carrera
Tan veloz y magestuosa
Como bella y como hermosa;
Mensajero celestial,
Sobre el cual tienen su trono
Querubines del Señor,
Para cantar la grandeza,
La inmensidad y la gloria
De tu poder, oh mi Dios;
Origen y fuente pura
De todas las armonías,
Fuego sagrado y constante,
Que á la palabra de Dios
Hecho fuiste en un instante,
Para asombro permanente
De nuestra misera mente;
Tú que creado una vez
Por el Dios de Josué
El caos y las tinieblas
Disipaste presuroso
Con el rayo lumiaoso
De tu inmenso poderío;
Tú dominaste coloso

Todo el orbe conocido,
 Y hubo un tiempo misterioso,
 En que Dios no consintió
 Que hubiera en nuestra region
 Mas Señor ni creacion,
 Que tu gran dominacion.
 Cumplieron despues los dias,
 Y los tiempos ignorados,
 Del Eterno designados;
 Y las aguas y los mares,
 Y los valles y montañas,
 Y las plantas y alimañas,
 Y los peces y las aves,
 Y las auras mas suaves,
 Y los vientos mas furiosos,
 Y los truenos espantosos,
 Aparecieron un dia
 Para gloria del Señor.
 Mas el Dios que te formó,
 Oh celestial maravilla,
 De toda la creacion,
 No te quiso despojar
 De tu inmenso dominar;
 Y tu cetro universal,
 No hay region, ni sér alguno,
 En el mundo terrenal,
 Que no atestigüe ni lleve
 El influjo y poderío
 De tu vasto señorío;
 Tú alumbras nuestra region,
 Y sales todos los dias
 Siempre bello y esplendente
 Por el hemisferio Austral,
 Para dilatarte inmenso
 Hasta el Polo Boreal.
 Y no hay raza, ni color
 De mortales fortunados
 Y de séres desdichados,
 A quien benigno tu ardor
 No ilumine con sus rayos,
 Porque Monarca y Señor
 De la esfera terrenal,
 Jamás te ocupas del mal,
 Y piadoso deligente,

Obra perfecta de Dios;
 Tú no distingues de gente,
 Porque eres como el Señor,
 De toda la creacion
 El inmenso bienhechor.
 Angeles y Querubines,
 Y esplendentes Serafines,
 Que dichosos contemplais
 De la region celestial,
 Sobre los tronos y honores
 En que dulces os sentais,
 Llama pura, inagotable
 De este coloso insundable,
 Descended sobre mi mente,
 Agitad mi corazon
 Con el sacrosanto fuego
 De vuestra ardiente pasion.
 De vuestro génio eternal
 Desprended alguna chispa
 Sobre mi alma terrenal,
 Y cante yo de mi Dios
 Los honores y primores,
 La grandeza y los colores
 Su gloria y su magestad;
 Y mi lira mal templada
 Con vuestro santo favor
 Otorgadme, gran Señor,
 Que parta y que se dilate
 Desde la dulce region
 Del pais en que nacieron
 Do vivieron y moraron
 Con inmensa admiracion
 Ingenios tan eminentes,
 Como Polo y Aguilar,
 Guillen de Castro, Luis Vives,
 Rivalta, el Españoleta,
 Villanuevas y Auxias March,
 Que parta y que se dilate
 De pais occidental
 A los últimos confines
 De la region oriental.

Mucho sufrí gran Señor,
 En el valle terrenal,

Y apenas transcurre un día,
 Dios inmenso de Sion,
 Sin que tenga que pasar
 Por nueva tribulación.
 Desde muy temprana edad,
 Y en los días venturosos,
 Que plácidos y serenos
 Corren siempre muy lijeros
 Al albor de nuestra vida;
 La envidia me persiguió,
 Y con saña muy cruel
 Conmigo se enfureció,
 Y dura me atribulo.
 Pero tú, Dios de Moisés,
 Y mi inmenso bienhechor,
 Tú acorriste en mi socorro,
 Y me diste por alivio
 Un honrado corazón.
 Despues en mi adolescencia,
 Y en aquella edad feliz,
 Que para todo mortal
 Es tan dulce y celestial
 Como el aroma precioso
 Del calor primaveral,
 Tambien sufrí los rigores,
 Y los duros sinsabores
 De amarguisimo penar.
 Huérfano y abandonado
 Me privaste, gran Señor,
 De mi padre bien amado,
 De quien hoy puedo decir
 Sin vanidad inmodesta
 Que fue de toda virtud
 Perfectisimo dechado.
 Crecí en edad y en vigor,
 Y creció al propio compás
 De mi destino el rigor.
 Con llama de algun saber,
 Tú me alumbraste, Dios santo,
 Mas me diste tú con él
 Gran cosecha de quebranto;
 Y si pronto me elevaste
 A los favores y honores,
 Que yo jamás merecí,

Ancho campo de batalla,
 Y dolores y rigores,
 Fue siempre lo que sentí.
 La gloria me embriagó,
 Y la patria me contó
 Entre los pocos varones
 Que en estos miseros días
 Queman incienso oloroso
 Ante su altar majestuoso:
 Mas la patria me dejó,
 Amigos me abandonaron,
 Parientes me desirvieron,
 Los prudentes se rieron,
 Los émulos se alegraron,
 Y Dios santo de Sion
 Tú solo sabes, Señor,
 El piélagos de dolor,
 Que corrió mas de una vez
 Por el borrascoso mar
 De mi ardiente corazón.
 Educado en la piedad,
 Y en las vías tan sencillas
 De probidad y de honor,
 No pudieron, ó mi Dios,
 Villanos perseguidores
 Empañar la buena fama,
 Y el acrisolado honor,
 Legado por mis mayores,
 Que procuré con afán
 Conservar y dilatar
 Para gloria y el blason
 De las muy queridas preudas
 De mi ardiente corazón.
 Estigma moral é infame
 Imprimiéronme en la frente,
 Y risa y ludibrio fui
 De muchedumbre inclemente.
 Piés y manos maniataron
 En suelo ingrato y extraño;
 Y no hubo dolo ni amaño;
 Que con saña muy cruel
 No probasen y lanzasen
 Contra mi fuerte broquel,
 De dulcísima libertad,

De aire y de luz me privaron,
 Y el corazon horadaron
 Y con elavo tan punzante,
 Que su pnta se quedó
 Con la fuerza del diamante,
 Mi santa casa y hogar,
 Asilo inviolable y puro
 De mi noble corazon,
 Tambien hollaron impios
 Con sacrílego furor,
 Y no hubo dolor ni pena,
 Quebranto ni sinsabor,
 Porque no hicieran pasar
 A una familia de honor.
 Calumnia tras de calumnia
 Arrojaron despiadados,
 Sobre el hombre que jamás
 Diera el mas leve motivo
 De odio, ni malquerencia:
 Mas cuando yo vine al mundo
 Dios señalóme en herencia
 El sufrir y padecer
 Por los hombres y las cosas,
 Que el santo ardor de mi pecho
 Me llevó siempre á querer.
 Por loco me persiguieron,
 Por cuerdo me condenaron
 Y hasta prelados insignes
 Hereje me declararon:
 Y para afrenta mayor
 De negros calumniadores,
 Esta escena de dolor
 Con ser tan varia y estraña
 Ocurrió toda á la vez,
 Para que el alma probase
 El caliz acibarado
 De este furor tan marcado.
 La carrera del dolor,
 Y santa tribulacion
 Yo la recorro, Señor,
 En estos dias, mi Dios.
 ¿Mas qué importan, cielos santos,
 Las penas y los quebrantos
 La saña, el ódio y furor

De tanto perseguidor;
 Cuando de esfera celeste
 En qué miras, gran Señor,
 La miseria y pequeñez
 De la pobre humanidad,
 Acudes con tu bondad,
 Y con tu inmenso poder
 A deshacer toda trama,
 Toda fuerza y malquerer
 De séres viles é inmundos,
 Que insultan á tu saber?
 Por eso, Dios de Moisés,
 No cerraré mi plegaria,
 Sin pregonar en voz alta
 Tu piedad tan sacrosanta,
 Y tu inmenso bienquerer.
 En todas mis aficciones,
 Mis penas y mis dolores
 Tu me diste gran valor,
 Y duro como el diamante
 Has puesto mi corazón.
 Ya no hay ansias ni rigores
 Que mellen en él mi honor;
 Sereno, alegre, tranquilo,
 Solo espero, gran Señor,
 Que se cumpla sobre mí
 La voluntad de mi Dios.

Cárceles de San Narciso.—Valencia 18 de Enero de 1857.

FERMIN GONZALO MORON.

MADRID, 1859.

Imprenta á cargo de S. Baz, Calle del Arco de Sta. Maria, 39.

Índice de los artículos contenidos en este número.

- 1.º Fragmentos de la historia militar de España.
- 2.º El Beato Juan de Rivera y la espulsion de los Moriscos.
- 3.º Estudios filosófico-religiosos.
- 4.º Contingencias de una guerra europea.
- 5.º Del elemento militar en España.
- 6.º Vida en el monasterio de Yuste del Emperador Carlos V.
- 7.º El actual Emperador de la Rusia, Alejandro II.
- 8.º El corazón de una niña.—Poesía.
- 9.º Mi plegaria á Dios.—Poesía.

Condiciones de suscripcion.

Se publica el Ateneo dos veces al mes y constan sus entregas mensuales de 128 páginas en 8 marquilla.

Precio 8 rs. al mes en Madrid y 10 en provincias franco de porte. Por semestres 40 rs. en Madrid y 50 en Provincias.

Redaccion y administracion calle de la Montera núm. 17 cto. 2.º

NOTA. La necesidad de combinar con la variedad la mayor estension de los artículos, ha llevado al Director de esta REVISTA á convertirla en quincenal, sin disminuir el número mensual de pliegos.